

## El mito del pluralismo: La Torre de Babel. Una meditación sobre la no violencia

### INTRODUCCION

Mi presentación tendrá tres partes. (Como dice el *Mahabharata* cualquier cosa perfecta es tripartita). Diré lo que voy a decir (I); lo diré (II); y, después, repetiré lo que dije (III).

Todo el trabajo se fundamentará en las palabras del Génesis 11. El capítulo comienza así:

«Todo el Mundo era de un mismo lenguaje e idénticas palabras. Al desplazarse la humanidad desde Oriente, hallaron una vega en el país de Senaar y allí se establecieron. Entonces se dijeron el uno al otro: 'Ea, vamos a fabricar ladrillos y a cocerlos al fuego'. Así el ladrillo les servía de piedra y el betún de argamasa. Después dijeron: 'Ea, vamos a edificarnos una torre y una ciudad con la cúspide en los cielos, y hagámonos famosos, por si nos desperdigamos por toda la haz de la tierra'.

Bajó Yahvéh a ver la ciudad y la torre que habían edificado los humanos, y dijo Yahvéh: 'He aquí que todos son un mismo pueblo con un solo lenguaje, y este es el comienzo de su obra. Ahora nada de cuanto se propongan les será imposible. Ea pues, bajemos, y una vez allí confundamos su lenguaje, de modo que no entienda cada cual el de su prójimo'. Y desde aquel punto los desperdigó Yahvéh por toda la haz de la tierra, y dejaron de edificar la ciudad. Por eso se la llamó Babel; porque allí em-

brolló Yahvéh el lenguaje de todo el mundo, y desde allí los desperdigó Yahvéh por toda la haz de la tierra».

Una y otra vez se repite el mismo fenómeno: los babilonios, los asirios, los romanos, los griegos, los Alejandro Magno; los españoles, los franceses, los ingleses, los americanos, los tecnócratas de los tiempos modernos, todos ellos se han considerado los únicos valedores de una bandera que simbolizaba estándares absolutos. Todos caminaron, unas veces hacia el este y otras hacia el oeste, tratando de encontrar nuevas técnicas, el modo de hacer ladrillos más robustos, mejor mortero, o herramientas más útiles y armas más poderosas. Probablemente la lanza, el descubrimiento del hierro o, dando un gran salto, la bomba atómica. Y entonces se dijeron: «Tomémonos un tiempo y construyamos juntos una gran torre, una única ciudad, una sola civilización, una única construcción... y alabemos a un solo Dios, porque ya tenemos los mejores ladrillos, con los cuales podemos edificar algo realmente duradero, que llegue al cielo, y ahora sí que podemos construir la sociedad sin clases, la verdadera justicia en el mundo, una cultura única, del tipo que sea, el paraíso de la democracia, el proletariado que decida su propio destino», y así se podrían añadir, sucesivamente, muchas más cosas. Erase una vez... en que tuvo lugar un sueño según el cual el género humano (sueño que parece haberse hecho realidad en el corazón del hombre) construyó una única torre, una larga escalera hacia el cielo, una gran construcción. Y el Señor, que aquí parece sentir envidia, o querer mantener sus prerrogativas o incluso seguir un juego sucio, no favorece tal empresa humana y, érase una vez que, sucesivamente y siempre, Nabucodonosor cae, el *augustus imperator* muere, todo el imperio se hunde, los ejércitos se desvanecen... Y todavía nosotros mantenemos el mismo sueño: una gran ciudad que lo encierre todo. Puede ser que Dios tuviera una percepción más acertada:

que la naturaleza del hombre no es gregaria, colectiva, sino que cada ser humano es un rey, un microcosmos, y así el macrocosmos es un pluriverso y no un universo. Dios como símbolo del infinito, destruyendo todo intento humano hacia finitudes acomodadas, parece estar más apropiadamente en su papel.

En cualquier caso, después de seis milenios de memoria humana histórica, ¿será tan difícil que despertemos de este sueño inútil?, ¿qué ocurriría si dejásemos de intentar la construcción de una inmensa y única torre? ¿Qué pasaría si, por el contrario, nos quedamos en nuestra pequeña casa, en nuestras bellas aldeas, en nuestras cúpulas y comenzamos a construir caminos y vías de comunicación (en vez de medios de transporte), que en su momento se conviertan en cauces de comunión entre, y para, las diversas tribus, estilos de vida, religiones, filosofías, colores, razas y todo lo que, en este sentido, implica confrontación y dominio? Y si el abandono de este sueño de la uniformidad humana no es posible —sueño que en el sistema monolítico de la Torre de Babel se ha vuelto una pesadilla— ¿no sería posible llevarlo a cabo simplemente construyendo vías de comunicación, mejor que creando nuevos imperios gigantes?, ¿vías de comunicación mejor que de coacción?, ¿creando modelos que nos ayuden a superar nuestros provincianismos, sin meternos todos en el mismo saco, en un mismo culto, en la monotonía de una única cultura? Esto es, en resumen, lo que quisiera decir.

## I.—EL PROBLEMA DEL PLURALISMO

No me refiero solamente al «pluralismo político», muy cuestionado durante la primera mitad de este siglo, ni tampoco al ideal de una «sociedad pluralista» como se plantea en la discusión sociológica contemporánea. Tam-

poco voy a discutir el «pluralismo ontológico». El problema que pretendo plantear está relacionado con todos estos puntos de interés y su tratamiento supondría un apoyo crítico a la sociología y a la ontología; pero además trata de tocar un tema más radical que está en la base de la utilización de la palabra «pluralismo» como símbolo viviente, y cuyo alcance incluye tanto la naturaleza del Hombre como la del Mundo.

### 1. IRREDUCTIBILIDAD DE LA PRAXIS A LA TEORIA

Nos enfrentamos aquí a un problema existencial que a un mismo tiempo surge de la misma praxis y sólo en ésta encuentra su solución «teórica». El problema del pluralismo, en los términos que hoy se plantea, surge de la experiencia genuina de caos y desorientación, y no tan sólo de una problemática teórica. No hay nada especial en esto, ya que la mayor parte de los problemas reales surgen del hecho de enfrentar situaciones que colocan nuestra mente en una situación tambaleante. Lo peculiar en este tipo de problemas existenciales proviene de su capacidad de penetración y de su carácter de ultimidad, algo no reductible a principio, y por lo tanto, siempre nos invita a volver a la *praxis*. No existe ninguna solución teórica que sea adecuada al problema del pluralismo; y esto, prácticamente, por definición. Un problema que tenga una solución teórica, no es un problema pluralista. Por lo tanto no debemos esperar una solución desde un espacio que pudiéramos llamar académico. Es importante superar el complejo de superioridad y de dominio intelectual, lo mismo que el del Hombre de acción. Teoría y praxis, en tanto que son consistentes, están mutuamente subordinadas.

A esto es a lo que yo llamo una relación *ontonómica*. Sin embargo, puede ser que la solución pertenezca también a la *praxis* (a pesar de que nosotros podamos re-

flexionar acerca de la solución y de su significado). Si éste es el caso, la relación entre teoría y praxis, no es una relación dialéctica, la cual descargue todo su peso sobre el *logos* y de esta forma crea otra ideología: «Nosotros sabemos más que los otros y traemos nuestra solución; todas las torres edificadas previamente estaban mal, pero ahora vamos a decirnos cuál es el secreto para construir una torre auténtica y duradera; nosotros, los cristianos, los marxistas, los civilizados, los tecnócratas, los artistas, los científicos, los racionalistas...» ¡No!

Ya que estoy preparando el terreno, permítaseme puntualizar que ha habido un desplazamiento en el significado de la palabra «pluralismo». Si consultamos cualquier diccionario, veremos que es tanto un concepto sociológico como una noción filosófica. En el primer caso el pluralismo se ocupa de teorías políticas que estructuran la interrelación entre las sociedades humanas, especialmente el estado y los demás grupos humanos. En el segundo caso el pluralismo se diferencia del monismo y del dualismo, y así este pluralismo puede ser atómico, absoluto, substancial, etc., dependiendo a quien se esté uno refiriendo, si a Bertrand Russell y a su atomismo lógico, o a William James, o a Gilbert Ryle, o a quien sea. En resumen, el pluralismo ha sido considerado tradicionalmente un concepto metafísico que toca ciertas cuestiones acerca de la realidad —en abstracto. Hoy el significado de la palabra está transformándose, de una visión metafísica y sociológica pasa a ser un locus existencial que nos ayuda a descubrir sus raíces. El pluralismo es un problema humano existencial que toca cuestiones claves: como nuestras vidas, en medio de un abanico de opciones tan amplio. El pluralismo ha dejado de ser una cuestión de escuela acerca de lo uno y lo múltiple; se ha convertido en un dilema cotidiano ocasionado por el encuentro de perspectivas filosóficas mutuamente incompatibles. El pluralismo al que nos enfrentamos hoy, es una cuestión prác-

tica que tiene su raíz en la coexistencia humana de quienes habitamos este mundo con todas nuestras diferencias peculiares propias.

La gran tentación, hoy como siempre, es construir un gran supersistema: «Aquí estoy yo, el tolerante, el que ha sido capaz de hacerle sitio a todo el mundo y ha encontrado un lugar para cada sistema. Obviamente, tu debes de permanecer en el lugar que yo te he asignado, yo —el gran *jivanmukta* de la tradición vedántica— sé que me encuentro por encima de todas las diferencias, y que tengo un lugar para los cristianos, los judíos, los musulmanes, para todos... por supuesto ellos se comportarán y se situarán conforme yo lo he establecido, ya que mi visión superior y comprensiva, me permite ser tolerante y abarcar, de forma totalizadora, a todos dentro de ella». Ciertamente, ésta no es una actitud pluralista.

La cuestión del pluralismo no es tampoco la incertidumbre que se plantea ante la *pluralidad* de entidades irreductibles. Afirmar que se es tolerante con una pluralidad de actitudes religiosas, o de mercados mundiales, o de escuelas de arte, en tanto estas actitudes no entren en contradicción con nuestra idiosincrasia, con el transcurrir normal de nuestros negocios, y siendo respetuosos con aquellos antojos y caprichos de los demás que no interfieran en nuestra planificación, tiene muy poco que ver con el pluralismo religioso, económico o artístico. La pluralidad de naciones soberanas que prometen no interferir en los asuntos internos de las naciones vecinas, porque implícitamente reconocen que los problemas relativos a los derechos humanos, los temas sociales de alcance universal o los asuntos de carácter planetario son temas que están en el nivel de la problemática inter-nacional y no supra-nacional, tampoco tiene mucho que decir acerca de lo que entendemos por pluralismo. El pluralismo comienza cuando la *praxis* nos impulsa a tomar postura ante la presencia efectiva del otro, cuando la *praxis* hace imposible

el evitar la mutua interferencia, y cuando el conflicto no puede ser resuelto por el triunfo de una de las partes o un sector de éstas. El pluralismo aparece cuando el conflicto es inevitable.

El problema del pluralismo surge cuando sentimos —sufrimos— la incompatibilidad de visiones del mundo diferenciadas y, al mismo tiempo, se ven forzadas por la praxis a coexistir y velar por la mutua supervivencia. El problema se agudiza, ya que nos vemos mutuamente impulsados, en la praxis actual, a una mutua dependencia; es inconcebible la existencia aislada de unos con respecto a otros, como si viviéramos en sectores geográficos cerrados, compartimentados, segregados económicamente, culturalmente, racialmente, etc. Puede ser que el gran logro, aunque indirecto, de la tecnología haya sido el unir gentes y pueblos. El aislamiento es imposible hoy y, con ello, el problema del pluralismo se ha vuelto un problema de primer orden. Ni la Muralla China, ni los océanos, ni los secretos policiales o los ejércitos, pueden protegernos de los Medios de Comunicación de Masas ni de las bombas atómicas.

## 2. IMPORTANCIA DEL PROBLEMA

El problema del pluralismo es en cierto sentido el problema *del otro*. ¿Cómo podemos tolerar o, incluso, comprender al otro, cuando no es factible de ninguna forma —racional, razonable o inteligible? El mundo ya no está en manos de la *moira* griega, o del *karma* indio, ni tampoco en brazos de la *providencia* abrahámica. El mundo de hoy está, más bien, en *nuestras* manos, y parece encontrarse en peor forma que en aquellos días en que podíamos maldecir su suerte, culpar al destino, o incluso pelear como lo hizo Job contra su Dios para ver si había actuado justamente. Ya no tenemos a quien culpar por nuestro desconsuelo, más que a nosotros mismos. ¿Qué es

lo que se ha vuelto más insondable y distante en los seres humanos que cualquier Deidad tradicional? *¿Qué podemos hacer ante sistemas incompatibles?* *¿Qué actitud tomar ante los problemas últimos del hombre?* *¿Qué podemos hacer, en justicia, ante el problema del otro?* Solamente es válido aquello que quede dentro de lo que las, así llamadas, civilizaciones han alcanzado en su camino ascendente, a costa de las áreas «marginales» de gente que no alcanzaron ese nivel... los goyim, los kaffir, los infieles, los paganos, los pobres, los analfabetos, los salvajes, los negros, el Tercer Mundo... en una palabra: los bárbaros.

Y aquí sentimos el enorme poder que tienen las palabras. Todos los que viven en Santa Bárbara<sup>1</sup> saben lo que significa la palabra *bárbara*. El nombre *bárbara* es una palabra sánscrita, de raíz indoeuropea, de donde provino el bárbaro de los griegos, posteriormente el término latino y, luego, los Bárbaros. Ibn khaldun hace referencia a Qays ben Sayfi, un rey legendario del sur de Arabia y contemporáneo de Moisés, que dio a los bereberes este nombre, después de oír su jerga «barbarah». Bárbara es un nombre onomatopéyico; significa una especie de ...*ba, ba*; significa tartamudear... porque eres un extranjero, un no ario, un *negro*, tiene pelo rizado (que es el segundo significado de la palabra), y habla de un modo que yo no puedo entender. De esta forma, tú puedes percibir un cierto acento en mi habla, sin ser consciente de que tú también hablas con otro acento. Y aquí tenemos *Santa Barbara: la canonización de lo bárbaro*. El hecho mismo de que estés tú aquí hoy, aceptando mi habla bárbara, puedes ayudarnos a comprender este símbolo. Este es el momento *kairológico*, cuando comenzamos a descubrir que el bárbaro no sólo debe ser tolerado, sino bendecido, canonizado, santificado.

1 N.T. Hace referencia a la ciudad californiana de este nombre, en cuya universidad, el autor desarrolló gran parte de su labor docente e investigadora, y de la que en la actualidad es Profesor Emérito.

Puede ser que ahora comencemos a descubrir que el problema de los bárbaros no puede ser solucionado a su costa, o resuelto provisionalmente, con la secreta intención de que «un día será un *civis romanus*, civilizado; otro día, también serán cristianos», otro, más adelante, los haremos «países desarrollados», otro, los esclavos serán liberados y todos los artilugios de la libertad y de la democracia les serán otorgados, en otro momento todos los emigrantes y los culís vendrán y vivirán con nosotros en esta gran torre de Babel que, mientras tanto, les forzamos a construir para nosotros...».

¿Y los bárbaros? ¿Qué tienen ellos que decir acerca de todo esto? Existe una palabra babilonia, *barbaru*, que significa también extranjero, extraño. *Santa Bárbara* ...tiene un gran simbolismo. Que los bárbaros puedan venir en este momento y en este lugar con la pretensión de canonizar a los *bárbaros*, es algo que para mí tiene una profunda significación y que, subrepticamente quiero intercalar, como una cuestión central en el tema de los Estudios Religiosos, en un tiempo de pluralismo.

El problema del otro *qua* otro: ¿Cómo podemos pretender tratar de los problemas últimos del Hombre si insistimos en reducir al ser humano al americano, o al cristiano, al varón o, simplemente al heterosexual, o al que goza de salud y es «normal», o al así llamado civilizado? Obviamente, no podemos. Lo que diré es que el auténtico fundamento de una sociedad pluralista no está en el pragmatismo, ni en el sentido común, ni en la tolerancia; tampoco, simplemente, en el mal menor, sino que más bien el pluralismo está enraizado en la naturaleza profunda de las cosas.

Quisiera hacer aquí una objeción importante. Al decir que la justificación del pluralismo no está en el nivel del pragmatismo —fuera de la pura necesidad, para apoyarse en el otro— pero que está enraizada en la naturaleza del Hombre y de la realidad, ¿no estoy asegurando una base

teórica para el pluralismo, y así contradiciendo mi afirmación inicial de que el problema pluralista establecido por la *praxis*, no puede ser resuelto por ninguna *teoría*?

Dos observaciones pueden despejar esta objeción. La primera es recordar que yo comencé mencionando el *mito del pluralismo*, pero no despejando el mito, más bien aclarando que el pluralismo es, por supuesto, un mito en el sentido más riguroso: un horizonte en un objeto. El mito es irreductible al logos —a pesar de su origen común— y de esta forma, irreductible a ninguna teoría. La segunda observación es, simplemente, recordarnos que en ningún lugar se ha dicho que la naturaleza del hombre y de la realidad sean totalmente transparentes a la teoría o, en otras palabras, que hombre sea sinónimo de antropología, y realidad de filosofía —incluso en cuanto objetos de conciencia. Al afirmar, entonces, que la naturaleza del hombre y de la realidad es pluralista, estoy manteniendo que no existe ninguna antropología (o antropologías), ni filosofía (o filosofías), que hayan agotado —ni tan siquiera teóricamente— hombre y realidad. Ni la teoría puede ofrecer la última justificación para la *praxis* (¿en qué se basa la teoría misma?), ni la *praxis* puede ofrecer el último fundamento a la teoría (¿sobre qué se justifica la *praxis* misma?).

Quisiera aclarar esto, revelando una de mis más estimadas intuiciones metafísicas: la asunción última de la mayor parte de la civilización occidental, desde los presocráticos, es la convicción de la íntima correspondencia entre el pensar y el ser. En último término pueden ser la misma cosa o diferente, pero «teóricamente» compiten entre sí. Mi afirmación es que esta intuición genial, no es humanamente universal y, por lo tanto, tampoco es universalizable, si es que queremos acompasar todo el ámbito de la experiencia humana —o del hecho humano. El mundo budista, por ejemplo, no hace tal asunción.

### 3. GENESIS DEL PROBLEMA

A modo de interludio, permítaseme hacer algunas observaciones bajo la denominación de este encabezamiento.

1) *El pluralismo no tiene significado (Uniformidad)*. Excepto en los comienzos excepcionales y, generalmente míticos, la comunidad (familia, tribu, nación, grupo, iglesia...) precede al individuo. El individuo entra, o nace en una sociedad que él no ha conformado. Los ritos de iniciación (nombre, bautizo, circuncisión, contrato, votos, etc.) tienen aquí su lugar. Antes, todo está indiscriminadamente indiferenciado. Hay una *conciencia indiferenciada*: todos entran en el mismo saco, todos son el «tercer mundo». (¿Qué tienen en común los habitantes del tercer mundo, más que un cierto tipo de P.N.B. igual?). El otro *qua* otro no existe; y si existe, es «non-persona», no considerado, ignorado. Vivimos en un mundo indiferenciado, no importa lo grande o pequeño que pueda ser, la tribu es el mundo.

2) *El pluralismo implica pluralidad (diferencia)*. En un momento dado, el individuo empieza a notar que su grupo no es el único que existe en el mundo (hay otras familias, tribus, naciones, iglesias, religiones). Se vuelve consciente de la *multiplicidad*. Esto puede ser llamado, *de facto*, reconocimiento de la *pluralidad*. Es el reino de la cantidad. Los múltiples pueblos que establecieron Babel. En la *pluralidad*, la cuestión de la compatibilidad o incompatibilidad de la *multiplicidad*, no surge como problema. Es un hecho. No crea fricciones, pues los límites están perfectamente establecidos y celosamente guardados. Una nación es simplemente otra nación, un grupo, simplemente otro grupo, un individuo, simplemente otro individuo, y así sucesivamente. La multiplicidad se da por suelta, y no existe ningún problema acerca de su unidad. (Bertrand Russell, defendiendo el «pluralismo absoluto»

que al principio llamó «atomismo lógico», puede servir como ejemplo aquí).

3) *El pluralismo significa pluriformidad (variedad)*. En otro momento dado, el individuo se da cuenta de que tiene una visión particular acerca de su propio grupo. Es consciente de que su interpretación, a pesar de ser la mejor para él, no es la única posible. Otra persona en el mismo grupo mantiene opiniones diferentes, y estas nociones cristalizan en formas diferentes (partidos políticos, percepciones religiosas, sectores diferentes, roles y funciones) dentro de una misma comunidad. El hombre es consciente de la *variedad*. Esto podría llamarse la conciencia de la *pluriformidad*. De nuevo el reino de la cualidad; gentes distintas que poseen habilidades diferentes comienzan a construir Babel. En la *pluriformidad*, la cuestión de la compatibilidad e incompatibilidad de la *variedad*, no surge porque la unidad del grupo esté, de hecho, aceptada. Está la nación, y en ella, la variedad de partidos políticos y agencias. Está la Iglesia, y en ella la variedad de trabajos, actividades y llamadas. La unidad se da por supuesta y la variedad no es vista como una amenaza. Aquí vivimos todos dentro de un mito común. Pero extrapolar este horizonte común y universalizarlo, puede llevarnos a asumir una actitud filosófica y una visión del mundo errónea. (El cristianismo post-medieval puede ser un ejemplo característico: la pretensión de universalidad desde una perspectiva que no excede los límites del propio sistema).

4) *El pluralismo connota una armonía inalcanzable (diversidad)*. Hay otro momento en la evolución de los individuos y las sociedades en el que el hombre es consciente de que existen *diversidades*. Estas llevadas al límite, romperían la unidad. Es consciente también, tanto de la necesidad de diversidad, como de la de unidad. Pero la armonía entre *ambas* necesidades es problemática; parecen incompatibles. La «Deutschland über alles» y los

Estados Unidos como la «nación más grande del mundo», en último término, no pueden coexistir. El cristianismo como la «religión absoluta» y el hinduismo como el «dharma perdurable», son incompatibles. Una filosofía basada en la diferencia real entre esencia y existencia, como el fundamento de la libertad humana, y la distinción entre creador y criatura, no pueden ser reconciliadas con una posición estoica; un tomista no puede estar de acuerdo con un estoico, como tampoco puede comprender cómo éste último puede evitar el panteísmo y llamarse a sí mismo cristiano —y viceversa. San Pablo no admitió que fuera posible para los casados no sentirse divididos y que pudieran consagrarse plenamente a Dios. En otras palabras, en tanto Alemania y los Estados Unidos son naciones independientes, cristianismo e hinduismo son religiones independientes, de la misma forma tomismo y estoicismo son filosofías autónomas, en la medida que los problemas del mundo se mantienen alejados de los problemas de Dios. El problema surge cuando la interacción es inevitable y descubrimos que tenemos un solo mundo para ambos, alemanes y americanos, una única verdad para el hinduismo y el cristianismo, sólo una iglesia para el tomismo y el estoicismo, sólo un modelo de perfección para casados y célibes. Los constructores de Babel no pueden construir una torre cada uno para sí. No solamente tienen que comunicarse los medios (herramientas), sino compartir los objetivos (la única torre). El aislamiento no es posible, y la unidad no convence desde el momento que destruye una de las partes.

En este punto, las alternativas parecen ser tanto desesperadas, con todo lo que ello implica, como esperanzadas con todo lo que ello exige. Esta segunda parte de nuestro siglo, puede ser llamada lo mismo la edad de la desesperanza, como la edad de la esperanza. El tiempo pasa rápido: o comienza de nuevo (liturgia de la muerte) o explotará (escatología y revolución). «Los extremos se tocan».

## II.—APROXIMACIONES AL PLURALISMO

Ahora intentaré decir qué es el pluralismo. Intentaré acercarme a su formulación por medio de tres vías diferentes: la *filosófica*, la *fenomenológica* y la *antropológica*.

### 1. APROXIMACION FILOSOFICA

Desde el punto de vista filosófico, el conflicto entre lo uno y lo múltiple que ha ocupado al hombre desde Platón, en el occidente, y desde las Upanishads en el este, es probablemente la cuestión central del espíritu humano. En lugar de extenderme innecesariamente, me centraré en algunos rasgos metahistóricos desde los que indicaré algunos modos de cómo el hombre ha tratado los problemas de *las diversidades humanas fundamentales*, el problema de la *hén kai pollá, ekam evadvitiam*, o más claramente dicho, a) monismo, b) dualismo, c) no-dualismo, que podríamos formularlo como a) uno y múltiple, con el predominio de lo uno; b) uno y múltiple con el predominio de lo múltiple; y c) ni uno ni dos, sino manteniendo la tensión entre ambos polos. En beneficio de la brevedad, es inevitable el caricaturizar, pero estoy seguro de que me comprenderán con *esprit de finesse*.

a) *Monismo*. La realidad es una, el ser es unívoco, la pluralidad es secundaria, provisional o incluso aparente. Pero esta pluralidad se manifiesta y, por lo tanto, debe de ser interpretada. Este modo se rige por la ley de la jungla: lo que en términos académicos se denomina ley de la historia, en ciencia ley de la naturaleza y en filosofía ley del poder. El monismo aquí puede estar latente o implícito; no necesita mostrar, de forma inmediata, sus colores. El dotado de mejores garras, inteligencia o armas, vencerá —a menos que se mantenga un equilibrio estable entre presa y depredador. Esta es la llamada ley de la naturaleza. El secreto de la cultura es *postponer* la confrontación el

tiempo suficiente como para que se «resuelva» el problema, eventualmente, con la victoria del más fuerte. Debemos de tolerar al otro hasta que podamos conquistarlo, convertirlo, convercerlo o indoctrinarlo, como corresponde hacer con la parte más débil. La paciencia, también llamada prudencia y tolerancia, es la palabra clave aquí junto con estrategia, apostolado, conversión, victoria y todo lo demás. Un Imperio, una Iglesia, un Dios, una Civilización, un Partido, una Tecnología, etc., son distintas expresiones para denominar esta misma actitud primigenia. El *Monismo* es su expresión final. El Monoteísmo, como distinto del teísmo, puede ser otra palabra clave. Colonialismo e imperialismo serían las descripciones polémicas. Escatología sería el modo más refinado de condicionar el conflicto, posponiendo la solución hasta el final. Una concepción lineal del tiempo favorece la postura del más fuerte; puede aguardar en la esperanza de una victoria final. Para la parte más débil todo está perdido, si el tiempo es lineal. En una concepción circular del tiempo, cada momento es independiente de su resultado final y uno no necesita asumir que la belleza de una sinfonía está solamente en su final. No importa que la explotación monista haya encontrado más sencillo el dominio de las personas, independientemente del curso unidireccional de la historia. La escatología teológica pone en transcendencia vertical, lo que la escatología histórica establece en un futuro horizontal.

En una perspectiva monista, no hay lugar para el pluralismo. A lo más es *tolerado* —con delicadeza y paciencia (y algunas veces sin ella)— para evitar males mayores. La pluralidad es siempre provisional.

No quiero decir que el monismo sea una mala solución. Bien entendido, se puede decir que mantiene la polaridad que nos ayuda a buscar una unidad última y se resigna a las pluralidades del tiempo venidero mientras dura la condición itinerante del hombre y del ser. El hom-

bre tiene, entonces un objetivo y al mismo tiempo una conciencia de su condición caída y de su provisionalidad, de forma que la paciencia se convierte en la virtud central —por la cual poseemos nuestras vidas, para citar el Evangelio.

b) *Dualismo*. El segundo modo de tratar el problema de las diversidades últimas, es el método dialéctico genuino. Aquí, en cierto sentido, el pluralismo se domestica. La tensión entre lo uno y lo múltiple se resuelve por medio de las así llamadas reglas del espíritu, buscando un equilibrio y eventualmente una síntesis, entre el *sic et non*. Las diversas opiniones, visiones y actitudes dan lugar a una interacción «dialéctica» libre; este libre dinamismo de los distintos factores se permite en la confianza de que el conflicto será canalizado y, eventualmente, resuelto. La coexistencia es la regla fundante que propicia el intercambio dialéctico a todos los niveles. Teóricamente todas las opiniones tienen cabida y deben de comprobarse, defendiendo sus propias posturas, en la arena de la confrontación. Si es vencida, pierde el derecho a existir. Democracia y libertad son las palabras claves aquí; las cantidades (puntos, dinero, votos, etc.) son el resultado de un proceso dialéctico que juega de forma decisiva a la hora de establecer un ganador. No es tan simple como la afirmación de «un hombre un voto», ya que a mayor responsabilidad, más posibilidades de obtener votos tienes, más inteligente eres y tus posibilidades de ganar dinero aumenta. Poder e influencia están distribuidos de acuerdo a los talentos. Liberalismo, mercado libre, intercambio, propaganda y términos parecidos, son otros modos de expresar la misma actitud. *El dualismo* es su forma final. Pero el verdadero dualismo implica que ambas partes aceptan el juego dialéctico. Funciona en la medida que lo uno y lo múltiple tienen más o menos la misma fuerza (el dualismo funciona cuando tú tienes conservadores y laboristas. Los EE.UU. y la URSS). Pero lo cierto es que el

monismo se oculta aquí. Admitimos la coexistencia, en tanto el otro no amenaza nuestra existencia. Algunos asumen ciertos compromisos de buena fe, porque saben que el otro no los barrería aunque pudiera (la oposición democrática, por ejemplo, pertenece al sistema).

Otros establecen compromisos de mala fe, porque son conscientes de que no tienen la capacidad de eliminarte. ¿Qué se puede hacer?, ¿écrase l'infâme? (¿invadir Suráfrica o la URSS?, ¿o deberían de atacar primero conociendo las intenciones de su adversario?).

De nuevo, no estoy diciendo que el dualismo sea una opción buena o mala. Posiblemente, en algunos casos, sea la más «realista». Posiblemente, también, la situación humana creada no permita otro modo de sobrevivir; probablemente confíe en la intuición espontánea del hombre, el animal divino provisto de lo que los griegos llamaron *zoé* (espiritual, vida infinita), pero también con lo que llamaron *biós* (animal, finito, o incluso podríamos decir, vida «vital»). En cualquier caso, el problema del pluralismo no se resuelve acusando a los otros de villanos y presentándonos nosotros como héroes.

c) *No dualismo*. Todavía existe un tercer modo, del que nuestra época es, progresivamente, más consciente a pesar de que ha existido junto con los otros modos desde el comienzo. El primero de ellos trata de solucionar el conflicto promoviendo el triunfo del más fuerte, a pesar de que las palabras que utiliza no son solamente poder, sino Dios, ley, orden, etc. y, desde luego, que consigue su objetivo al reprimir las fuerzas disonantes de un *statu quo* dado. El segundo modo trata de solucionar la incompatibilidad por medio de un equilibrio dinámico y provisional entre las diferentes posturas y, desde luego, funciona en la medida que ambos creen en el mismo mito. El tercer modo es sensible tanto al derecho del poder como a la sabiduría de la tensión, pero intenta una aproximación radicalmente distinta a la de una solución monolítica en favor

del más fuerte, y una solución dualista, que está condicionada tanto por el endurecimiento en un equilibrio inestable y explosivo, como por la caída en un compromiso en el que a la minoría tan sólo se le da un premio de consolación. *No dualismo*, sería su expresión. Aquí el pluralismo aparece como una conciencia que lleva a una aceptación *positiva* de la *diversidad* —una aceptación que no fuerza las diferentes actitudes hacia una unidad artificial, ni tampoco pretende alienarlas, por medio de manipulaciones reduccionistas. Aquí el poder no tiene la última palabra, ni tampoco la regla de la mayoría es el factor decisivo.

Como hemos visto, el problema del pluralismo surge cuando no podemos evitar al otro en una unidad que nos comprende a ambos, incluso cuando no estamos de acuerdo (o cuando no nos entendemos) con la otra parte. No podemos ni evitar ni romper la unidad —está por encima de nosotros. No podemos dejar el país, o la lengua o el planeta obligados por un poder superior a nuestro deseo. «Nosotros» no podemos condenar la tortura, el capitalismo o la dictadura. Como dijo en una ocasión el poeta hablando del amor: *nec tecum nec sine te*, ni contigo ni sin ti puedo yo vivir.

Visto desde otra perspectiva, el problema del pluralismo surge cuando nos enfrentamos a un conflicto irresoluble de valores últimos: por un lado no podemos renunciar a las pretensiones de nuestra *conciencia* personal, y por otro, tampoco podemos renunciar a las pretensiones de nuestro *conocimiento*. Para Abraham, el problema de sacrificar a su propio hijo, no fue un problema pluralista, porque Dios era el maestro absoluto de su conciencia y de su conocimiento. Aquí no hay conflicto último. En cambio, sí que lo era para Arjuna en la *Bhagavad Gītā*. Arjuna estaba dividido entre su conciencia que le impulsaba a seguir la obligación sagrada de su casta, y su conocimiento que le decía que secundar la guerra no

resolvería nada. El problema del pluralismo es el problema del caso límite, de la instancia última: Dios o el hombre, conciencia o conocimiento, familia o país, iglesia o mundo, fidelidad a mí mismo o lealtad a mi sociedad. El problema surge cuando siento que tengo unos derechos inalienables cuyo mantenimiento se ha vuelto una obligación inevitable para mí. El pluralismo surge en el ámbito de lo que para nosotros no es negociable. Todo lo demás es un problema de aceptación o compromiso, de prudencia o de «savoir faire»; pero el pluralismo mismo no es manipulable. El pluralismo comienza en el mundo, cuando el hombre, habiendo perdido su inocencia, trata desesperadamente de ganar una nueva. Si la filosofía y la religión ignoran este problema, podemos comprender por qué tienen tan poca credibilidad cuando tratan de darnos una orientación en nuestro mundo. La vida humana auténtica está constantemente confrontando la muerte: «ser o no ser», como el joven Naciketas exclamaba en la Kathopanishad.

Terminaré la breve descripción de esta tercera actitud repitiendo lo que resalté en los otros dos casos, esto es, que la opción fundamental puede ser válida, permitiéndonos superar tensiones sin destruir los valores positivos, o una actitud bochornosa que nos enerva cara a situaciones conflictivas.

Resumiendo las tres actitudes: con frecuencia el hombre ha tratado de resolver el dilema introduciendo un factor moral y una bondad absolutizadora cuando no prospera con la verdad. «El otro es malo porque quiere matarme. Estamos convencidos de que los turcos representan un peligro para el cristianismo, y por ello organizamos una cruzada; estamos convencidos de que los comunistas asiáticos son un peligro para el mundo libre, y por lo tanto propugnamos una guerra». O, «explotamos el mundo porque queremos más papel, más petróleo...» y así sucesivamente. En tanto permanecemos arriba,

«nosotros» —cristianos, blancos, varones, hindúes de la India, musulmanes del Pakistán, occidentales, ricos, educados tecnócratas, sindicalistas, humanos (frente al mundo)— en tanto permanecemos arriba, encontramos modos tranquilizadores de hacer las cosas digeribles, de forma que el otro se encuentre feliz en su posición subordinada. Pero si el otro comienza a protestar, es necesario establecer los términos del problema.

## 2. LA APROXIMACIÓN FENOMENOLOGICA

El problema del pluralismo alcanza su punto crítico, cuando, simplemente, no sabemos qué hacer o qué decir. Una aproximación fenomenológica diría que el pluralismo surge como problema cuando cualquier otro medio de solucionar la diversidad, falla. Voy a describir tres tipos de fallos, que trataré de presentar con brevedad. No trato de defender una visión pesimista de la naturaleza humana, como si existiese un paradigma platónico de lo que el hombre se supone que debe de ser; pero tampoco trato de incluir una valoración optimista, como si sólo tuviésemos que mirar hacia un futuro rosado, temiendo afrontar los errores del pasado. Una actitud realista no debe verse afectada por los fallos del pasado, aunque tampoco es bueno que los ignore.

Cualquier escritor es ya un ser privilegiado, cualquier lector, e incluso cualquier persona con espíritu crítico, atenta a cuanto ocurre a su alrededor con respecto a la condición humana, sobrepasa la media de los seres humanos. Los desvalidos no dan conferencias, ni las escuchan. Tampoco tienen mucho tiempo para la reflexión. Cuando no son perseguidos, torturados o están hambrientos, viven bajo la amenaza permanente de perder su precario equilibrio, cuya carencia los dejaría a merced de la insensibilidad humana. Cuando hablamos del hombre, ¿nos olvidamos de los esclavos, explotados durante gene-

raciones y generaciones por amos extranjeros o naturales del lugar; de los siervos, de los ejércitos de soldados, trabajadores al servicio de causas que ni siquiera entienden, de la multitud de los marginados, de los desprovistos y de los especímenes hambrientos del género humano? ¿Quién puede ser su portavoz, si ellos ni siquiera saben articular sus propias necesidades? La mayoría sometida no tiene ni voz, e incluso si tratamos de dársela para que se expresen en nuestros propios términos, fácilmente les convenceremos de que son dignos de compasión, son seres ignorantes y degradados que merecen su condición. No es necesario preguntarse por qué sus líderes no son profetas (que hablan) o sacerdotes (que celebran), sino héroes que matan, represalian, vociferan y destruyen. Frente a estos antecedentes es como debemos de reflexionar sobre el significado del pluralismo. Lo demás es «hacer» literatura.

a) *El Fallo Histórico Político*. El problema pluralista se da cuando la cuestión no puede resolverse por medios democráticos, porque no podemos conformarnos con la regla de la mayoría en lo que se refiere a aquellos valores que son más vitales para nosotros. Nos llevaría al suicidio, e incluso el suicidio no sería una opción. Se votan sólo medios, nunca fines últimos. ¿Puedes tolerar al intolerante? Si no, te vuelves tan intolerante como él. ¿Es el equilibrio del poder la única solución?

No es necesario reflexionar sobre los fallos políticos de todas las civilizaciones. La historia no debería de ser, aunque de hecho lo es, una colección de guerras sucesivas y a veces simultáneas, que en cada momento les parecen más o menos justificadas a las partes en conflicto, mientras que incluso los vencedores con frecuencia dudan a *posteriori* de la validez del conflicto, o incluso de que la victoria fuera realmente tal.

La ley de la jungla y la dialéctica, el monismo y el dualismo, no pueden alardear de haber alcanzado un gran

record. ¿No deberíamos de sentirnos afectados a estas alturas de la humanidad por esto? La cuestión del pluralismo puede ser como buscar una flor de loto blanca en un estanque sucio, o un lirio que crece en un montón de basura. Pero aparte de las ruinas de ambos, vencedores y vencidos, el pluralismo surge con el empuje de una flor —aun cuando sea más frágil que la flor de loto o el lirio.

Milenios de represión, dominación y política de poder (y no sólo político) —la de todos aquellos sistemas que se sustentan sobre bases monistas o dualistas— sólo han provocado más injusticia, explotación y hambre. A escala mundial el sistema no ha funcionado. Para ti y para mí puede haber sido válido, pero el ucraniano, el judío, el quechua, el negro, la mujer, por nombrar algunos, no están incluidos en él. Y de hecho, los cambios positivos —y hay muchos— vinieron gracias a Sócrates, Buddha, Jesús, Gandhi... y no por Alejandro, Akbar, Napoleón, Churchill (sin nombrar los villanos).

El problema del mantenimiento de la paz no es un problema nuevo. El síndrome de estar amenazado y en peligro de ser atacado y aniquilado, es casi un factor constante en la historia de los pueblos. La violencia se confronta con violencia y a las armas se les hace frente con armas. «La defensa» se justifica por medio a una posible «ofensa». Lo que los rusos son hoy para el «primer mundo», lo que los vietnamitas para los camboyanos o los chinos para los vietnamitas, los americanos para los rusos y etc., los moros, sarracenos y turcos lo fueron —durante casi tres siglos— para el Occidente. Europa desde el siglo XII vivió con un miedo permanente al Islam. La respuesta fueron las Cruzadas. Pero tras las primeras experiencias, se revelaron imposibles. Las patéticas llamadas de los papas y de los príncipes, no fueron atendidas por la mayor parte de los nobles y de la gente. En 1453 Constantinopla cayó. Europa vivió en el paroxismo. La conquista de Granada en 1492 por el Rey Fernando el Católico supuso

un respiro. Pero no hubo concilio, ni acontecimiento político importante que no tuviera un recuerdo para la «Cristiandad» que se encontraba en peligro inminente. Hasta 1571 Juan de Austria no ganó la batalla de Lepanto, que se convirtió en una fiesta universal para la Iglesia. Pero aún, después de Lepanto, no había desaparecido el peligro.

Un puñado de gente, y este es mi punto de vista, tomó otro rumbo. Ramón Llull, Nicolás de Cusa, Pico de la Mirandola, Erasmo, Luis Vives y muchos otros, no creyendo en la violencia y en la guerra, proponen un verdadero ecumenismo: diálogo, persuasión y entendimiento. No son populares, se les considera idealistas y con frecuencia tienen que sufrir situaciones no queridas, pero ofrecen una alternativa. Posiblemente hay que comenzar por darse cuenta de que es menos arriesgado adoptar una postura pacífica que confiar en actitudes amenazadoras basadas en el poder.

b) *El fallo filosófico dialéctico*. Un problema pluralista surge cuando un asunto no puede ser tratado dialécticamente, porque cuestiona los fundamentos mismos de la dialéctica. De hecho, el hombre está conformado de manera tal que en muchos campos de la existencia humana, aun cuando éstos estén dialécticamente establecidos —contradicción probada, carencia de prueba intelectual, o impasses lógicos—, no dejará de creer, esperar y amar lo que en cada caso concreto sostiene. Muchas personas no dejan de creer en Dios o en la realidad del mundo, aun cuando ello se pruebe o desautorice por medios dialécticos aceptados y por todos los diferentes razonamientos intelectuales posibles. Decir que la astrología es irracional, por ejemplo, deja indiferentes tanto a los amantes de esta materia, como a quienes no creen en su vigencia. En otras palabras, hay fuentes de convicción humana, de creencias, de esperanzas y de amores, que desafían el poder de la razón y son, en apariencia, más fuer-

tes y superiores que ésta. Y esto es un hecho: puedo estar convencido de algo, y esta convicción no tener el poder y la fuerza suficientes.

Las instancias del pensamiento europeo desde Descartes, o de la filosofía budista después de Nagarjuna ejemplifican este fallo. La racionalidad que reside detrás de estos esfuerzos es clara: «Ante el escándalo producido por la diversidad de opiniones entre las personas mejor dotadas, con respecto a las cuestiones más importantes de la vida y de la muerte, establezcamos un sistema infalible que se base exclusivamente en la razón, o en el esfuerzo dialéctico por trascender la dialéctica». Y después de algunos siglos de filosofar, lo que tenemos es una nueva proliferación de sistemas de pensamiento, mutuamente exclusivos, cualquiera que sea el nombre que queramos darles y las cualidades que creamos que cumplen. La torre de Babel no ha sido construida todavía y ninguna *philosophia perennis* ha alcanzado el segundo nivel. Ni la razón ni ninguna otra filosofía «abierta» han conseguido construir una visión panorámica del mundo, una torre de Babel, en la que la gente pueda vivir, al menos teóricamente, en paz y con justicia.

c) *El fallo religioso cultural*. Aquí el problema pluralista surge cuando el conflicto no puede ser resuelto por la violencia o por el poder, porque nosotros no tenemos capacidad para ceder a la presión que el conflicto crea, y ello, aun cuando suponga una amenaza mortal. El Imperio Romano tiene que ceder ante los «cristianos, la URSS tiene que reconocer la presencia de disidentes, y las historias de los kurdos, armenios, y de los jainas ofrecen ejemplos igualmente válidos. Hay algo en el hombre que ni el poder, la violencia o la dominación pueden controlar y reducir a la unidad. La historia de cualquier religión está más en la aventura de sus herejías que en la evolución de su ortodoxia.

No tenemos que caer en eufemismos: los antiguos imperios pretendían conquistar todo el mundo; cristianismo e islam —por citar dos ejemplos impresionantes, pero exclusivos— aspiraban a ser no sólo la primera religión sino, idealmente, la única religión; la civilización científica y la cultura humanista tienen hoy una pretensión similar. Lo que nos parece claramente utópico en el *urbi et orbi* de los ciudadanos del Imperio Romano, y en los católico-romanos, no parecemos percibirlo en nuestros sueños de universalidad. A pesar de que muchos estén de acuerdo en que el Hombre no puede construir Babel, en el fondo actúan como si, al menos, tuvieran los planos: «¡Si todos fueran buenos cristianos! ¡Si todos practicasen cada día meditación transcendental! ¡Si todos siguieran los dictados de la ciencia!... ¡Si todos pensasen y se comportaran como yo!».

Y esta es la razón por la cual después de seis milenios de civilización humana, todavía tenemos que preguntarnos por la cuestión fundamental: ¿Qué es lo que hay en el hombre que le hace ser irreductible a la unidad, e incapaz de renunciar a preguntárselo constantemente? (Si esto no es una cuestión religiosa, no entiendo lo que significan los estudios religiosos). Después del fracaso de la Torre de Babel, ¿no podemos vislumbrar alguna otra posibilidad que no sea la de un sistema mundial paneconómico, y una única megamáquina tecnológica? «¿*Tu quoque?*».

### 3. APROXIMACION ANTROPOLOGICA

a) *Tres capítulos antropológicos*. Confrontando problemas tan concretos y existenciales, el Hombre moderno se cuestiona de nuevo por la pregunta acerca de sí mismo con la cual, probablemente, comienza a cerrar el amplio círculo abierto por el primer hombre occidental, Agustín (un africano): *Quaestio mihi factus sum*, «he hecho una cuestión de mí mismo». El dativo se ha convertido en un

ablativo, «¿Qué soy yo para mí?» se ha convertido en ¿Qué es el hombre para mí?» —i.e., como conocido por mí, que puedo conocerlo mejor, y ocasionalmente, tenerlo en mi mano? Estoy sugiriendo que podemos estar dando un tercer paso en cuanto a la autorreflexión del hombre, en el contexto de las civilizaciones del mundo.

i) *¿Qué es el hombre?* Este es el modo en el que el occidente se pregunta por la cuestión antropológica. El hombre es un objeto de investigación —incluso de introspección— y la ciencia del hombre sería la integración de todos los resultados de aquellas disciplinas específicas que tratan con uno u otro de los aspectos del ser humano. A esto lo llamamos antropología integral y hasta los teólogos hoy le pagan tributo al hablar de la «antropología teológica». ¿Qué es ese ser que llamamos hombre, que puede pensar, hablar, crear...?

ii) *¿Quién soy yo?* Sería el modo indio de formularse la misma cuestión. El hombre aquí sería el sujeto escrutinizador que trata de comerse el pastel aún cuando ello le resulte imposible. El hombre trata de asistir al origen mismo de su *yo-conciencia* y trata de profundizar, hasta que se ha despojado de cualquier resto de contingencia. A esto lo llamamos sabiduría, y tiende a reconstruir todo el conjunto del conocimiento, desde esa intuición supracósmica.

No desearía simplificar excesivamente estas dos aproximaciones extraordinarias y fecundas, que todavía permanecen como los dos pilares básicos de la autocomprensión humana. Pero en estos tiempos de encuentro y mutua fecundación cultural, un tercer camino aparece como fundamental y digno de ser visto con la misma minuciosidad que los otros dos.

iii) *¿Quién eres tú?* Es la tercera cuestión. Trataré de explicar lo que esto significa, porque (desde que los lenguajes indoeuropeos han perdido lo dual) la frase es ambigua. No ¿qué es el hombre? (objetivación, aún cuando

lo llamemos sujeto); tampoco ¿Qué soy yo? (subjetivación, aún cuando nos lo encontramos en el *at-man*); sino ¿Qué eres tú? Y esta es una cuestión totalmente diferente, ya que no sólo no puede ser contestada sin *ti*, sino que te necesita a ti como cuestionador (*Mitfragender*) —y el «tú» es el pigmeo, el árabe, la mujer, el comunista, el cristiano y el demócrata, y el trabajador, y el pobre, y la esposa... Si yo quiero saber lo que es el hombre de una forma más comprehensiva que en un reificado «es», tengo que escucharme a mí mismo y preguntarte a *ti*. La cuestión ¿qué soy yo?; o ¿qué es esto? (él o ella), simplemente, no es suficiente. Tengo que preguntarme «¿qué eres tú?», mirarte a los ojos, y formularla mejor: ¿Quién eres tú? ¿Quién puede decir lo que es el hombre, si ninguno de nosotros tiene el acceso a la experiencia total humana? La cuestión acerca de lo que es el hombre, pertenece al Hombre, y no exclusivamente a mí, incluso si hago el esfuerzo por hablar en nombre de una gran representación de un gran grupo humano. O nos tomamos el pluralismo en serio, o de lo contrario se convierte en otra etiqueta más de nuestro imperialismo filosófico. Y si nos lo tomamos seriamente, no podemos prescindir del tú de *ningún* ser humano.

Lo que trato de establecer aquí es simple y directo: El hombre no es un objeto de investigación... sólo o principalmente; él mismo es un sujeto buscador. Pero este sujeto que busca, no es sólo mi ego, es también el tú. En términos más simples: La autocomprensión del hombre pertenece al ser del hombre. Incluso más sencillo: la autocomprensión es parte de cualquier comprensión. Pero el *yo* no es sólo mi ego o el «nuestro». Ningún encuentro de culturas o de religiones puede tener lugar sin una nueva antropología, una antropología religiosa intercultural.

Nos encontramos así en una especie de anticlimax ya que, obviamente, no puedo describir todo el proceso que se

sigue hasta ser consciente del yo, del tú, del él/ella/ello, del nosotros, del vosotros y del ellos —lo que sería el camino apropiado a seguir para establecer una antropología capaz de discernir el problema. Con las categorías helénicas por un lado, que han configurado la mayor parte de la visión antropológica objetiva, y con la que configuran las Upanishads, que están a la base de la experiencia subjetiva del hombre, podemos avanzar un tercer tipo de símbolo básico para la integración de las tres perspectivas bajo las cuales el hombre se ve a sí mismo: como un yo, un tú y un ello. En vez de esto, lo que haré será, simplemente, esbozar algunas intuiciones que podrán servir como escalones de piedra hacia la creación de una antropología intercultural, usando las categorías comunes occidentales como puntos de partida, y sin mayor elaboración.

b) *Superación de un triple reduccionismo.* Hay un reduccionismo tripartito, que parece obsesionar la concepción moderna del ser humano.

i) *La razón no es todo el logos.* Hago referencia aquí al famoso *animal rationale*, que es una traducción reducida de la definición Aristotélica del Hombre como *zoon lógon échon*, i.e., como un ser viviente —o un animal— a través del cual, y de quien, el logos *transita*: «Entre los animales, el hombre es el único provisto de logos». La razón razonable, es tan sólo un aspecto, casi una técnica, del logos. El logos es una cierta inteligibilidad (el logos es la *enérgeia* del nous, siguiendo la definición de Platón) pero no es primariamente razón. Más bien es palabra, *verbum*, verbo; pero *verbum entis* más que *verbum mentis*: es la revelación, el símbolo del ser —el logos es junto con el *epos* el *mithos* y el *ainos*, uno de los cuatro ingredientes de la conciencia. Repito: la razón pertenece al logos, pero no es idéntica a ella. El logos también es sonido, contiene e intenta, es espiritual y material. Y diciendo esto, me siento seguidor del *dabar* israelí, el *vac* indio y del logos

cristiano, pero aquí tan sólo estoy dibujando la problemática, y limitándome a afirmar que la razón no agota el logos, y así los términos *irracional* y *arracional* no son sinónimos con los de *ilógico* y *alógico*.

Podemos expresar esto de una forma algo más existencial, usando otra perspectiva y, simplemente, diciendo que *el individuo no es todo el hombre*.

ii) *El logos no es todo el hombre*. Este es el segundo reduccionismo. Hay mito, cuerpo, sentimientos, mundo... pero aquí quisiera evitar una posible malinterpretación: desde el momento que digo que el logos no es el todo del hombre, eso lo estoy diciendo *con el logos*; es el logos quien me permite decirlo. Lo que significa esto, es que *todos los esfuerzos para trascender el logos, tienen al logos como vehículo*. ¿Qué es lo que nos dice esto? Pues que en la medida que la razón penetra el todo del logos sin ser el todo, el logos penetra el todo del hombre sin constituir totalmente ese todo. Nos dice que los elementos constitutivos de la realidad humana, no son como partes de un cuerpo macrofísico (*Körper* not *Leib*). La relación no es espacial, sino que *se da* una interacción mutua e interpenetración, de forma que no puedo separar nada del logos, e incluso el logos mismo me hace consciente de que no todo es logos. Por eso aquí los estudios interculturales se hacen indispensables. Nos muestran otras formas de inteligibilidad, otras perspectivas de comprensión, otras formas de conciencia... formas que no pueden ser reducidas a un común denominador.

Voy a dar un ejemplo, atreviéndome con ello a contradecir la opinión de Husserl, que parece sostener que la conciencia es siempre *conciencia de*. Y éste parece ser el modo en que la conciencia occidental se ha acostumbrado a funcionar. Pero hay, como muchas tradiciones orientales afirman, una *pura conciencia*, una conciencia que no es conciencia *de*. Por supuesto que el modo de obtener esta pura conciencia no es mirando a un objeto, ni mirando a

la conciencia, sino más bien volviéndose *autotransparente* en cuanto objeto. Aquí no te puedes volver un sabio, a menos que te conviertas en un santo. La pregunta por la pura conciencia no supone la pregunta por el conocimiento; es de otro tipo. Se podría llamar conciencia mística, pero aquí tan sólo podría señalar nuestros firmes pasos hacia una nueva antropología. La necesaria ambigüedad de la palabra «pura» aplicada a la conciencia, con frecuencia nos ha llevado a la creencia de que la «pura conciencia» es una conciencia tan pura que tan sólo algunos pocos shamanes, místicos y extáticos, pueden alcanzarla, olvidando que esa pura, i.e. no mezclada y simple conciencia, es la base fundamental para tener «conciencia de» algo. E indudablemente la «pura conciencia» no es «conciencia de pura conciencia», como el Tao-te-Ching, la Kenopanishad, la Gita y los evangelios nos repiten una y otra vez.

Otro modo de decir esto sería afirmar que el *hombre no es toda la humanidad*. Pero en el espacio que tenemos no podemos desarrollarlo.

iii) *El Hombre no es todo el ser*. Debe de quedar claro que cuanto ocurre está relacionado con el hombre, que todo lo que es, lo es con el Hombre. Ni lo divino ni lo material es separable del hombre. Como Thomas Berry nos recordaba citando a Confucio en su *Chung Yung*, el hombre es el corazón —corazón y mente— de toda la realidad, el tercero entre cielo y tierra.

La conciencia puede extenderse, y no hay posibilidad para nosotros de negar que la conciencia y el ser son coextensivos. No hay nada más allá de la conciencia. E interpretar esta afirmación, diciendo que *no hay* nada más allá de la conciencia es una simple contradicción. Ya que la conciencia misma testimonia al hombre que ni está solo en el universo ni tampoco es el centro del mismo, sino tan sólo un polo.

El otro modo de expresar esto sería decir que *la humanidad no es toda de la realidad*.

\* \* \*

Todo esto no ha sido una digresión, sino una presentación condensada de los fundamentos del pluralismo. Falto de estas y similares consideraciones, el pluralismo quedaría reducido a una, a *nuestra* visión del mundo, aunque fuese la más tolerante y la más comprensiva. Muchos usos de la palabra implican una especie de «sociedad pluralista» en la cual, tú apareces tratado desigualmente a los ojos de los otros porque a nadie le importa, nadie se interfiere y nosotros somos felices en nuestros pequeños recipientes. Esto podrá ser otras muchas cosas, pero no es pluralismo. El problema del pluralismo no es ni un problema práctico (una especie de recurso ya que nosotros no sabemos cómo comportarnos con el otro y de esta forma tenemos que tolerar su locura), ni un simple problema humano (ya que somos seres limitados y nuestras contribuciones son imperfectas). El problema del pluralismo surge porque la naturaleza de la realidad es pluralista. Los mitos que subyacen a las doctrinas de la Trinidad, y el no dualismo de muchos otros mitos, aportarían esta visión. O volviendo a nuestra parábola judía de Babel, el Señor confundió los sueños del hombre de una visión de la realidad monolítica y totalitaria.

c) *El hombre pluralista*. Digo que el hombre mismo es un ser pluralista, y por ello no es reducible a una unidad no cualificada, como tampoco nada que sea humano se puede entender en un único sentido que podamos captar plenamente. Decir que la naturaleza humana es una, o que la verdad es una o incluso que Dios es uno, es filosóficamente ambiguo. Ya sea porque la afirmación haga refe-

rencia a un trascendental no numérico, y por lo tanto tengamos un único principio de identidad, o sea un principio categórico y por lo tanto puramente formal —o si está cargada con mis contenidos particulares, está completamente equivocada; o es una tautología o una frase vacía sin contenidos propios. Si la llenamos con cualquier significado, tendremos que preguntar: ¿Un qué? Para afirmar que no hay otro hombre u otra verdad, no otro Dios, para continuar con nuestro triple ejemplo: ¿Qué queremos decir con esto? Si otro hombre, otra verdad y otro Dios significa que no hay otro hombre más que el hombre, y así sucesivamente, entonces tenemos la tautología necesaria del principio de identidad: El hombre es el hombre, la verdad, verdad y Dios es Dios. Pero si lo que queremos significar es que no hay más verdad, hombre o dios que lo que nosotros entendemos por estas realidades, lo que estamos es estableciendo un sistema cerrado al cual invitamos a los demás a participar en él si quieren discutirlo con nosotros. Si queremos tocar la sinfonía de las diferentes civilizaciones del género humano en un conjunto armónico, lejos de quitar todas las diferencias e imponer algunos esquemas apriorísticos de inteligibilidad, por muy perfectos que éstos puedan ser, tenemos que permitir que cada una hable con su palabra, que bailen su danza o canten su canción, y tratando de entender lo que dicen. Esto no es el mal menor, o una limitación a las concesiones de nuestro ser. El pluralismo es una exigencia enraizada en la naturaleza pluralista de la realidad. El hombre pluralista, con su actitud, convierte en falsos todos los intentos de absolutismo, fanatismo y reduccionismo a unidades artificiales. Sólo lo uno no es dualista. No hay un segundo hombre, verdad o Dios; pero nosotros no agotamos lo que es el hombre o la verdad o Dios. No hay un segundo hombre, verdad o Dios, pero ni el hombre es monista, ni Dios monoteísta ni la verdad monolítica. Una razón razonable que cierra nuestra conciencia de

comprensión en *una* única inteligibilidad, es simplemente una falacia. Una especie de *perichoresis* es lo que tiene lugar, un «morar unos dentro de los otros», de estas tres dimensiones de la realidad: la divina, la humana y la cósmica —el *yo*, el *tú* y el *ello*.

### III.—EL MITO PLURALISTA

Es tiempo ya de recapitular. He dicho que el pluralismo es un mito y he tratado de describir toda su ornamentación. Podemos retroceder y preguntarle a este mito qué es lo que nos dice a nivel teórico, qué es lo que hace por nosotros a nivel práctico y qué aspecto tiene, en cuanto mito para nuestros tiempos.

#### 1. LA CONCIENCIA DE LO OTRO Y DEL OTRO: ALIUD ET ALIUS

Que el problema del pluralismo es la cuestión de lo otro, necesita alguna elaboración. Antes que nada es la cuestión de una conciencia de lo otro (*aliud*). Esto va más allá de una simple conciencia de las diferencias necesarias para el reconocimiento de cualquier pluralidad. Es la conciencia de que hay, o puede haber otras entidades además de aquéllas que tomamos en cuenta; la conciencia de que el logos es más que simple razón, el hombre, más que logos y el ser más que el hombre; en último término, es la conciencia de que yo (mi razón, mi conciencia, mi ser) no agoto lo real, no soy su centro —de ser algo, tan sólo uno de sus polos. Hay otra cosa: *aliud*, lo otro. Y esto, no sólo además de *mí* y el *yo*, sino que también, frente a ello e incluso más allá de ello. El solipsismo es asfixia. O usando una metáfora de las Upanishads, las ventanas de los sentidos, incluyendo los sentidos espirituales, no sólo me permiten atisbar en el mundo del otro, sino que per-

miten que el mundo penetre en nosotros también. No estoy solo. La soledad que me permite ser yo mismo, no debe de confundirse con el aislamiento que me sofoca. El pluralismo comienza con el reconocimiento de lo otro, lo cual implica mi identidad. Yo soy un ser en relación.

Pero esto no es todo. El *aliud* no es el *alius*; lo otro no es el otro. El otro, el otro sujeto de amor y de conocimiento, la otra persona no es puro otro. Más aún, el otro no se ve a sí mismo como lo otro, sino como *ego*, como yo me veo a mí mismo. Haber tratado al otro como lo otro, en vez de como un *alius*, haberlo cosificado sin permitirle un lugar en mi-yo, es uno de los fallos más grandes que puede tener el ser humano. Es cierto que tanto la tradición oriental como la occidental me piden amor a los seres como *yo*, pero a pesar de ello establecemos barreras de separación y, en el mejor de los casos, les permitimos ser otro distinto con los mismos derechos que *mi yo* —sin compartir el yo.

Antes, de pasada, hice referencia al problema del empobrecimiento de las lenguas modernas, y que tiene relación con algo que considero una catástrofe humana de proporciones cósmicas, la pérdida de lo dual, haciendo un tratamiento del *tú* como un *ello* (a pesar de llamarlo *él* o *ella*). La razón de lo dual, no hace referencia al dos como número, a pesar de que ciegamente muchas gramáticas lo repitan. ¿Si no es así, por qué no ocurre lo mismo con el tres y con el cuatro, y así sucesivamente? Uno podría deducir, no obstante, que los estudiosos de la gramática lo hacen en aras de la simplificación del lenguaje; la *Encyclopedia Britannica*, por ejemplo, no hace ningún tratamiento de lo dual por considerarlo, aparentemente, de escaso valor. La razón de lo dual es dar cauce a la expresión del yo-tú: el tú no es un ello. Lo dual: yo hablo, tú hablas, ellos hablan, pero nosotros-dos hablamos; e incluso cuando ellos-dos hablan, tiene una connotación que es diferente de cuando lo hacen ellos-muchos. Desde el mo-

mento que el otro se vuelve el tú, todo cambia. La conciencia del otro como el otro (*alius*) y no simplemente como lo otro, lo convierte en igual, en un compañero, su sujeto (y no un objeto), una fuente de conocimiento, un principio de iniciativas, lo mismo que yo. Esto, exclusivamente, es lo que me permite escuchar al otro, ser conocido por él, y no sólo conocerle. No puede haber auténtico pluralismo hasta que el otro no sea descubierto. Quiero decir el otro (*alius*), como fuente de (yo) comprensión y no solamente como término (*aliud*) de inteligibilidad.

Este otro, no necesariamente es un buen compañero, una persona con buenas intenciones, o con los mismos sentimientos que yo tengo y con las mismas intenciones, manteniendo las mismas opiniones. El otro puede ser mi enemigo —aunque siempre con un rostro humano, un Tú y no un ello, una entidad anónima bajo las nubes o dentro de la casa o en el albergue que yo bombardeo desde una distancia considerable.

¿Nos permite el pluralismo vivir en situaciones conflictivas? Esto es algo que hemos mencionado y que podemos elaborar un poco más.

## 2. LA TENSION DIALOGICA EN VEZ DEL CONFLICTO DIALECTICO

El contraste entre los modos dialéctico y dialógico de permanecer en una realidad pluralista representan una gran dificultad y son la prueba de todo lo que he tratado de decir. Rehusar el conflicto dialéctico y transformarlo en una *tensión dialógica*, ¿no es eso lo que hicieron los cristianos y los mártires jainíes, por ejemplo, y lo que los resistentes contemporáneos y los disidentes hacen todavía? El riesgo es real. ¿Qué representa un pequeño grupo frente al Kremlin, el Pentágono, una poderosa corporación y toda la maquinaria burocrática? El rol profético del hombre adquiere un papel preponderante aquí, tú no

puedes ser un profeta por simple razonabilidad, ni por probabilidades estadísticas o cálculos económicos, por muy aprendido que lo tengas. Aceptar la estrategia dialéctica, a pesar de la importancia que tiene en su propio ámbito supone, tan sólo, entrar en un proceso infinito de acciones y reacciones pendulares, cuando se extiende a la situación humana total. Hagamos algunas consideraciones sobre este modo dialógico de tratar las posiciones conflictivas:

1) Una sociedad pluralista, sólo puede subsistir si reconoce un centro que trasciende la comprensión de la misma por parte de cualquier miembro particular, o incluso la totalidad de los mismos, en un momento dado. Si el rey, el partido o quien quiera que sea, son el absoluto soberano, podrá hablarse de tolerancia, pero no de pluralismo. Sólo una sociedad abierta puede ser pluralista, pero esto necesita una fuerza transcendente que la prevenga de cerrarse en su autointerpretación. Si no somos capaces de aceptar un punto transcendente incomprensible, entonces obviamente, si yo tengo razón, tú estás equivocado, y no podemos aceptar ninguna inteligibilidad cualitativamente superior a nuestras respectivas posiciones.

Ejemplo: una sociedad que se arroga a sí misma el derecho a imponer la pena capital, sea la Iglesia, el Estado o la Nación, en nuestros días, no puede ser llamada una sociedad pluralista.

2) El reconocimiento de este centro es un hecho que se nos da, un regalo (teológicamente hablando). Implica un cierto grado de conciencia que difiere según el tiempo, el lugar y los individuos implicados, que nunca se identifica con el objeto de conciencia; en otras palabras, el pluralismo asume que siempre hay un remanente de (pura) conciencia que no es conciencia de.

Ejemplo: Si el bienestar de los vascos no puede separarse de la independencia de la nación vasca, y esto se ve como un valor absoluto y no cuestionable, cualquier con-

flicto con esta suposición traerá consigo la defensa del valor supremo, y el conflicto con el estado español será inevitable. Si los Estados Unidos de América son una nación absoluta y soberana, no tolerarán ningún conflicto de intereses que interfiera el bienestar de su nación. Si tú te sientes amenazado de muerte y la vida es para tí un valor absoluto, lógicamente cederás a esa amenaza.

3) El modo de manejar un conflicto pluralista, no es a través de cada una de las partes en conflicto tratando de convencer a la otra, ni tampoco por medio del procedimiento dialéctico solo, sino a través del *diálogo dialógico*. Uno nos lleva a una apertura mutua al otro, compartiendo en un carisma común, la dificultad, la sospecha, la guía, la inspiración, la luz, el ideal, o cualquier valor superior, que las dos partes reconozcan y que ninguna controle. El diálogo dialógico es tanto arte, como conocimiento, supone *téchne* y praxis tanto como gnosis y *theoría* y la dificultad que conlleva es reactivarlo, especialmente cuando una de las partes rehúsa entrar en tal tipo de reacción.

4) No sólo discusión sino también oración, no simples palabras, sino también silencio, no sólo decisiones, sino también permitir que las situaciones se aclaren ellas mismas, no sólo autoridad sino una mutua y elevada obediencia, no sólo conocer las soluciones sino una búsqueda común, no simple exégesis de reglas y constituciones sino libertad de iniciativa, incluso con el riesgo de la ruptura, etc.; estas son las actitudes propias al tratar con problemas auténticamente pluralistas (no se confunda con problemas pluriformes). La actitud pluralista no asume, *de antemano*, situaciones no negociables. En cada caso implica una nueva creación.

Ejemplo: Si la teoría física corpuscular de la materia y de la energía, parece incompatible con la teoría ondulatoria, sería apropiado mantener las explicaciones últimas en suspenso hasta que algún dato posterior pueda solucionar el problema o mover la cuestión.

5) Hay un continuo entre pluriformidad y pluralismo, y la línea divisoria es una función de tiempo, lugar, cultura, sociedad, resistencia espiritual y flexibilidad del grupo particular, tribu, provincia o individuos implicados. Lo que para algunos se reduce a un tema de pluriformidad, para otros se convierte en un problema de pluralismo. Cualquiera que vea un tema particular como una cuestión de pluriformidad, no debe olvidar que otro puede verlo desde otra perspectiva diferente y, por lo tanto, necesita tratarlo de manera distinta.

Ejemplo: Para alguien el matrimonio puede ser visto de forma que establezca un vínculo permanente y, como consecuencia, un contrato transitorio no implicaría matrimonio; para otro, vínculo permanente o transitorio, no dejarían de ser dos modos diferentes de matrimonio. El problema pluralista surge cuando no estamos de acuerdo en el modo de ver la esencia de lo que estamos discutiendo —matrimonio, democracia, justicia, cristianismo, bondad, etc...

6) El problema del pluralismo no necesita ser resuelto por el mantenimiento de una postura unitaria. Cada grupo humano tiene su propio coeficiente de coherencia, uniformidad y armonía. Lo que puede no romper la unidad de una cultura o una religión, puede muy bien hacer saltar una nación o una iglesia. La fuerza de este coeficiente es algo dado —un regalo— y puede ser reforzado. La actitud espiritual de los miembros de una sociedad tiene una influencia positiva en la fuerza del coeficiente. Como regla general, cada sociedad debe tender a ser tan pluralista como le sea posible. Pero cada sociedad tiene sus propios límites.

Ejemplo: un grupo moderno, dentro de una congregación religiosa tradicionalmente célibe, puede desear gente casada como miembros de pleno derecho dentro de la institución. Algunas congregaciones pueden estar estructu-

radas de forma que esto les sea posible, otras quizás pueden tener que abrir nuevas fundaciones para conseguirlo.

Otro ejemplo tentador sería el siguiente: como cualquiera en la India sabe, en los últimos capítulos del segundo libro de El Ramayana, tan insistentemente reiterado, el marido es la deidad (*param daivatam patih*) para la mujer, y debe de ser amado, tanto si tiene un mal carácter, como si es pobre o incluso desleal y licencioso. Diríamos lo mismo del marido con respecto a la mujer. Pero este no es el tema. Mi propuesta es que el equilibrio es fácil de mantener dentro de una equidad y cuando la igualdad está presente: Yo soy leal contigo, porque tú también mantienes tu fidelidad. El problema surge cuando tú dejas de ser una persona en la que se puede confiar. Podemos divorciarnos, romper, partir la unidad (de familia, iglesia, país, grupo o asociación), pero no podemos mantener la unidad si una de las partes no ha decidido permanecer por encima de todo fiel. ¿Debemos de desarmarnos, aun cuando el contrario acumule armas?

7) El paso, el *pascha*, de la pluralidad a la pluriformidad y de ahí al pluralismo, pertenece a los dolores crecientes de la creación, al verdadero dinamismo del universo.

Ejemplo: el carácter monolítico que la Iglesia Católica tenía hace algunas décadas y el aspecto polifacético que presenta hoy, el totalitarismo de la nación-estado de hace unos siglos y su evolución hacia democracias liberales, ofrecen momentos expresivos de este «tránsito».

### 3. LAS EXIGENCIAS DEL PLURALISMO

Ya que he comenzado con la Biblia, permítaseme concluir citando una de las afirmaciones más atrevidas del kerigma de Jesús, que aparece en cierto momento en el Sermón del Monte: «no te resistas al mal». Si tomamos estas palabras significando lo que dicen, bien sea la lo-

cura, o el optimismo o la inocencia que hay detrás de ellas, su sentido es insondable... o por el contrario no tiene ninguna explicación. Sugiero contestar a esta alternativa negando que tenga que ser una cosa o la otra, y considerar estas palabras como un lema apropiado para nuestra meditación sobre el pluralismo.

«No te resistas, no te pongas al mal». Podemos traducir con las versiones corrientes «No te resistas al que es malo» o en castellano «No te sitúes frente al hombre que te confunde», ya que la palabra puede significar, mal, diablo o un hombre débil: sin embargo, la tercera lectura es preferible, como el texto y el contexto muestran. Podemos oponernos al mal, tenemos que resistir al diablo, como dice Santiago, pero no debemos de oponernos al hombre que hace el mal; por el contrario, debemos ofrecerle la mejilla izquierda, ofrecerle nuestro manto también y caminar con él una milla más. ¿Por qué? Porque de lo contrario caeríamos en el juego dialéctico; tú tendrías que construir otro poder que se opusiera al primero y así sucesivamente. Así de reacción a contrarreacción, de una situación a la contraria, y ya estamos de nuevo en el movimiento pendular, tan familiar al mundo. «Dios» estuvo con la derecha, ahora «Dios» está con la izquierda; al principio los varones dominaron, ahora algunas mujeres quieren ejercer la jefatura; los poderes coloniales han explotado otros pueblos, ahora los otros pueblos tratan de responder con cualquier arma que tengan a su disposición... y así una y otra vez. «¡Ahora es nuestra oportunidad para construir, hasta llegar al paraíso, la torre de Babel! Nosotros, el proletariado, los chinos, los liberales, los científicos...». Sin embargo leemos: no te enfrentes a una acción malvada porque al mal sólo se le combate con mal y dos males no hacen un bien; porque el mal no es un absoluto, y exasperando al hombre malvado, sólo conseguirás incrementar el mal —oponiéndote al mal terminas contaminado por él. Si alguien te agrade la represalia no

terminará hasta que hayas acumulado bombas más grandes que nos destruirán a todos. Si no detienes este fluido de mal *karma*, dejando de asimilar y abrazar el mal, el final será la destrucción del mundo. Los cristianos hablan del cordero que ha tomado sobre sí el pecado del cosmos; los budistas establecen un *karuna* universal o compasión como el único modo de iluminación universal, y esto por mencionar solamente dos religiones universalistas. O como el Ramayana dice, la misericordia con todos los seres es la más alta virtud. (*bhūta-dayā-param*).

«No te resistas al hombre malvado». Una vez que declares la guerra al mal no solamente estás involucrado en ella sino que dependes de ella. Ya no tienes libertad para vivir desde tus propios puntos de vista. Has quedado cogido en el nido mismo del mal, y así la cuestión de si eres vencedor o vencido es irrelevante. El veneno ya está en ti. El mal puede ser combatido e incluso negado sólo en su propio plano. Tú ya no puedes superarlo. La «estrategia» debe de ser más sutil. «No te resistas al hombre malvado» porque el mal no es un absoluto. Supéralo pero no te dejes tentar por él, no caigas en la tentación de la represalia, pegar como tú has sido pegado, entrar en el único espacio en el que el mal te permitirá moverte: su propia arena. Esto no significa minimizar el poder del mal. Tú tienes que tener unas convicciones muy firmes y no ceder al atractivo del mal. ¿No es cierto que cuando decidimos combatir el mal, «pensamos» que vamos a vencer? Un mal derrotado penetra todo el cuerpo del vencedor, como saben muy bien los historiadores. Somos realmente difíciles de convencer cuando estamos intoxicados por el pensamiento de una posible victoria: no somos tan puros ni tan resistentes a los efectos del mal. O en términos filosóficos, frecuentemente mal interpretados: el mal no es una entidad separada y positiva, sino tan sólo una privación. ¿Se puede combatir directamente una ausencia? De lo contrario, ¿cómo podría haber dicho el autor de las pa-

labras citadas, en el momento más decisivo de su vida: «Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen»? Sólo el perdón acaba realmente con el mal.

No trato de decir que debemos de ser indiferentes al mal o eliminar cualquier juicio de valor. No estoy defendiendo la pura pasividad frente, digamos al nazismo (es siempre más cómodo hablar de cosas del pasado —¿o debería haber dicho comunismo, capitalismo, regímenes militares?). Trato de decir que el modo de luchar contra lo que cada uno considera las fuerzas del mal no es por medio de una oposición dialéctica al mal con lo que creemos ser el no-mal, sino por medio de la transformación, conversión, convicción, implicación, contestación —y todo esto principalmente desde dentro, como levadura, como testigo, como mártir. No es este el lugar para hacer exégesis. Se sabe que el *antistenai* del evangelio de Mateo no tiene un correspondiente hebreo. La llamada «resistencia» al mal o al maligno, podría interpretarse como un apresurarse a hacer el mal, no convertirse en rival del malo, no entrar en la carrera del mal o no intentar romper el círculo del mal con el mal.

El pluralismo no significa que reconocemos muchos modos (pluralidad) sino que detectamos muchas formas que no podemos reconocer como los únicos modos de obtener un objetivo. El pluralismo no significa sólo tolerancia de actuaciones diversas. Es más bien esa actitud humana que se enfrenta a la intolerancia sin ser roto por ella.

Después de la experiencia acumulada por el fracaso de otros medios que se suponían más efectivos e inmediatos, podíamos estar dispuestos hoy a manejar los conflictos humanos incrementando nuestra energía y capacidad para resistir tanto como la carga que pudiéramos soportar sin ser aplastados por ella, asumiendo y asimilando el mal más bien que añadiendo nuestras energías como combustible que mantuviera esos fuegos. Aquí de nuevo, beber

veneno y no ser dañado por él es uno de los signos de aquellos que creen. Tomar uno mismo el veneno como Shiva, asimilando el mal. Esta especie de tolerancia, obviamente, exige una profundización de la naturaleza del hombre y de la realidad y una convicción profunda de la fuerza del poder interior. Probablemente aquí uno comienza a atisbar las proporciones de una *metanoia* radical —una mutación no del hombre sólo, o del mundo o de Dios, sino de las tres dimensiones de lo real— en concierto y cooperación. El cordero que quita el pecado del mundo, el carnero sacrificado en un terreno neutral, el holocausto que se celebra por la remisión del pueblo —en una palabra, el aspecto ritual de la vida del hombre, que a pesar de las supersticiones exageradas y de las aberraciones innegables, forma parte de la naturaleza del hombre —son todos intentos no violentos, o menos violentos, para tratar con los conflictos, de un modo tal que no suponga la aniquilación del oponente. Son modos no dialécticos de manejar un conflicto; actúan no a través de la oposición, sino por asimilación, no por contramedidas, sino por rendición o tomando sobre uno mismo la carga común, no por la aniquilación del adversario, sino por (mutua) conversión al valor más alto.

El «realista» me recordará inmediatamente que no somos Dios y que tales actitudes pacifistas difuminarán cualquier distinción entre bueno y malo; podríamos dividir la Inida en una docena de estados, subrayar el papel de guardián de la democracia que juegan los Estados Unidos, arruinar el catolicismo, destruir la sociedad, permitir a los «criminales» (que siempre son los otros) «destruirnos», pervertir las instituciones humanas y dejar que el caos domine el mundo.

De acuerdo con el método propuesto, no me opondré a la tesis con las afirmaciones que siguen, pero primero reconsideraré mi posición y veremos si podemos estar o no de acuerdo, acerca de en qué punto deberá trazarse la lí-

nea límite (en el sentido en que el pluralismo ha de tener unos límites establecidos para cada situación). Segundo, debo de invitar a los otros a ver si el método normal de enfrentar la violencia con la violencia ha dado mejores resultados que el del «caos» del cual tratan de alertarnos. Valoraremos si este caso no será mejor que la aparente paz presente que no hace más que institucionalizar la violencia —en un tiempo en el que en números absolutos nunca hubo tantos seres humanos encadenados, sufriendo y angustiados. Tercero sería una contradicción *in adjecto*, imponer métodos no violentos.

Con respecto al primer punto se podría decir que sólo un ser infinito puede abarcar bien y mal —que cada ser humano y cada sociedad humana tiene su propio coeficiente de magnanimidad: sólo Shiva puede beber todo el veneno del mundo, o sólo un redentor divino puede cargar con la totalidad de sus pecados. Inevitablemente sufrimos por nuestra incapacidad para asimilar proporciones mayores de mal en nuestro metabolismo humano. Con respecto al segundo punto, no debemos de pretender la pureza sino explorar formas de vida humana distintas de las dominadas por simples principios inmutables. El tercer punto nos debe de avisar de que la no-violencia institucionalizada puede ser tan deletérea como cualquier otra forma de compulsión. Erigir cualquier hecho en absoluto nos lleva a la desaparición del absoluto.

Permítaseme ofrecer un ejemplo: estoy personalmente convencido de que la esclavitud como institución social hoy es un mal. También estoy convencido de que en cierto momento de la historia, la mayoría de la gente (al menos entre los no esclavos) le encontraron una justificación. No pretendo cometer el error metodológico que he dado en llamar catacrónico: midiendo con metros del presente, estadios del pasado. Lo que defiendo es que la esclavitud en aquel momento no era un mal tan intolerable, precisamente porque la mayor parte de la gente lo encon-

traba justificadamente tolerable. Algo similar ocurre con el comunismo, el nazismo, el capitalismo, el colonialismo, el apartheid, o la carrera de armamentos. Algunos encuentran estos ejemplos tan inhumanos y crueles como la esclavitud. Otros puede que no tengan la misma opinión. Podemos tomar represalias, enzarzarnos en una pelea, construir otra torre, o podemos comenzar a hablar otro lenguaje, y simplemente negarnos a pagar los impuestos o negarnos a la incorporación al ejército, o negarnos a colaborar con el régimen. Estoy convencido de que el primer modo sólo consigue perpetuar el mal. Erase una vez, leemos en el Ramayana, que un pío asceta vivía santamente en el bosque. La tentadora del mal, la divina Indra vino a su ermita en forma de un soldado. Le dejó en depósito una espada magnífica. Con el fin de mantener el cuidado debido, el ermitaño llevaría constantemente el arma. Lentamente el sabio se volvió negligente con sus obligaciones y cruel, y se extravió por obra de *adharma*, terminando en el infierno. Aquel que tenga oídos que oiga. O para decirlo con las mismas palabras que la princesa Janaki: «con gran sutileza, un alma noble es llevada a *adharma*». En otras palabras, una sociedad pluralista es una realidad flexible que depende de la salud del poder espiritual de sus miembros.

He dicho que urge una creatividad nueva, una visión distinta, una experiencia mística que toque el verdadero centro de lo real *kat'exochen* —y no sólo del ser humano individual o de la raza humana. Hemos sido testigos de lo que han supuesto cuarenta siglos de especialización, de echar abajo las diferentes piezas y, siguiendo las huellas de Descartes, hacernos más y más conocedores de menos y menos cosas (un proceso que no debemos de olvidar porque sin él ni siquiera hubiésemos sobrevivido). Pero ahora, el proceso ha llegado a un momento en el que las piezas van a reunirse en un nuevo todo que no ignora ni

desprecia la diversidad, y que por lo tanto no puede ser reducido a una uniformidad blanda o monolítica.

El discurso humano, en justicia hoy, debe curarnos de todos los mesianismos y de todos los sueños irrealizables de los nuevos imperios del mundo. Aun cuando vengan apoyados por gran boato de trompetas, de libertad, Dios y verdad —que sin duda ninguna son símbolos positivos; pero que nosotros ni los tenemos todos, ni el monopolio sobre ellos tampoco.

He dicho que estamos tratando con un mito, y un mito es algo sobre lo que no podemos poner nuestro dedo sin disiparlo. Es algo que no podemos manipular. No somos pluralistas por el hecho de integrar cada cosa en una visión «pluralista». Somos pluralistas al creer que ninguno de nosotros posee la piedra filosofal, la llave para el secreto del mundo, el acceso al centro del universo, si es que existe; manteniendo la reserva de no pensar acerca de todas las cosas, a menos que destruyamos el «pensamiento» (*das Gedachte*, no *der Gedanke*) y el pensador. Esto no es irracionalismo. Es humildad intelectual o sentido común.

Digámoslo de nuevo en lenguaje estrictamente filosófico. Si pensamos (*ausdenken*) la Eucaristía, la destruimos; si hacemos lo mismo con Dios, desaparece; si con un átomo, desaparece; si con una persona, la perdemos; si con un árbol, no lo entendemos. En otras palabras, el pensar tiene un poder corrosivo; destruye aquello a través de lo cual piensa. Cuando toco la superficie de una cosa no pasa nada —la cosa todavía tiene una profundidad no tocada por el pensar. El precio de entender es que transformamos, asimilamos, y así cambiamos, absorbemos y en último término, destruimos la cosa entendida, convirtiéndola en un objeto, un concepto, una concepción concebida por nuestro pensar. En tanto no pensamos una cosa de forma exhaustiva ésta permanece fuera de nuestro pensar —i.e. existe (*ek-sists*). Pero por este mismo hecho ganamos una visión decisiva con respecto a la naturaleza de la

realidad. Esto es: el criterio de la realidad es precisamente ser «pensado-probado» —resistente al pensar. Cuando algo no obedece a nuestro pensar, cuando se resiste, muestra su realidad por este mismo hecho. Por supuesto que no podemos «pensar a través de esa cosa» (en el sentido de pensarla exhaustivamente) la eucaristía o Dios o un átomo, una persona o un árbol. Ofrecen una resistencia de otro tipo, como por ejemplo un triángulo o un silogismo lógico. Estos últimos son insondables, ceden más y más, y no descubrimos sus límites; puede haber más propiedades en un triángulo y más refinamientos en un argumento lógico. Ofrecen la resistencia del bosque siberiano: no hay nadie allí y tú no sabes qué es lo que hay más allá, y si hubiera alguien nunca se acabaría. El primero ofrece la resistencia de la muralla china. Tú sabes que toda la gloria del imperio está tras ella y que tú no puedes romper el muro. Pero también sabes que, si lo consigues, habrás destruido el imperio del sol naciente (con mis disculpas a los historiadores por falsear los hechos históricos en metáforas filosóficas). Un árbol, por ejemplo, detiene nuestro pensar en un punto determinado. Posee un reducto prohibido, o más bien, impenetrable a nuestro pensar. Si lo pudiéramos pensar a través de él, destruiríamos el árbol; el árbol se volverá un objeto de nuestra mente. Esta es la diferencia fundamental entre una idea de Dios, que tiene infinitas posibilidades, y el Dios real que detiene y silencia nuestro pensar.

Este límite es algo que no nos puede ser impuesto excepto por la resistencia de la cosa misma. Y paradójicamente (como ya he sugerido), estamos convencidos de que la cosa es verdadera y existe; somos convictos, vencidos, estamos abrumados por la cosa y nuestras acusaciones —i.e., nuestras categorías con las cuales tratamos de comprender la cosa— vuelven a nosotros como rebotando en el poder de las cosas mismas. Jacob luchó contra Dios en la forma de un ángel y experimentó su realidad al día si-

guiente, cuando sintió que estaba herido. La reflexión humana, cuando no es un solipsismo que brota de nuestros propios constructos, siempre devuelve la cicatriz de la cosa que ha tocado, la cosa que ha tratado de «flectar» torciéndola de forma que pudiera revelarnos su secreto. La reflexión hiere más que el rayo láser.

Si este es el caso, el fundamento del pluralismo implica el reconocimiento de una debilidad, no en nuestra mente —de forma que, si fuéramos más inteligentes, fuésemos capaces de alcanzar una verdad teórica simple, sobre la cual todos los humanos pudiéramos estar de acuerdo —sino en la naturaleza de la realidad, es decir: en nuestro poder de pensar y en las cosas mismas. Este es más que un ejemplo de perspectivismo, porque en este caso siempre podremos argumentar que a pesar del hecho de que hay otra perspectiva que ve las cosas de forma diferente, nuestra propia perspectiva es la correcta para este propósito particular —que es el propósito «real». Para conocer perspectivas diferentes sobre una cuestión, simplemente es necesario desplazar el problema, porque así tenemos que comenzar otra vez a discutir de nuevo cuál es la perspectiva correcta en el caso particular y así sucesivamente. El pluralismo no es la simple justificación de una pluralidad de opiniones, sino la toma de conciencia de que lo real es más que la suma de todas las opiniones posibles. La «inteligencia» como la imaginó Laplace. El pluralismo afirma que Parménides estaba equivocado, pero que nosotros también lo estamos, si queremos que Heráclito le contradiga de forma correcta. La realidad no es dialéctica; a pesar de que la dialéctica tenga un lugar en la realidad.

Podemos, fácilmente, desorientarnos frente a tantos «orientes», compases, medicinas y profetas. Pero no debemos de rendirnos y ceder a un egoísmo individualista, sino reconocer que el hombre mismo y la realidad son pluralistas (ni monista ni dualista) y así que la inmensa

variedad de lo que parece ser conflictivo (cuando es visto dialécticamente) puede ser transformado (incluso diría convertido, pero esto no es un proceso automático) en *tensiones dialógicas* y *polaridades creativas*. Todo lo que necesitamos es experimentar, tocar y alcanzar el centro mismo de la realidad que nos hace tan distintamente únicos, que cada uno somos incomparables; y tan únicamente únicos que todas nuestras diferencias aparecen como rayos distintos y coloreados de una insondable luz.

En simples palabras, he dicho que no hay grupo ni verdad ni sociedad ni ideología o religión, que pueda tener la pretensión total sobre el hombre, porque el hombre es siempre elusivo, no acabado, no finito, infinito —aún en el hacer de su camino itinerante —como lo es la realidad entera en la que él es un *activo* participante. Es esta participación libre y activa lo que hace nuestras vidas realmente valiosas en su vivir.

## EPILOGO

Erase una vez que el mundo era un solo planeta y se transformó en una única gran ciudad, la *megale polis*. Babilonia. Los retoños del hombre habían descubierto la tecnología, y creían en la razón y la civilización, y habían prosperado en el uso (no se puede decir en el habla) de un Esperanto básico único —científico y racional. La facilidad para la movilidad al este y al oeste, le hizo concebir la idea de que vivía en las llanuras de una tierra llamada Mundo, y decidió permanecer allí, donde sus antepasados se habían establecido. Se dijeron unos a otros:

«Hagamos unas Naciones Unidas y creemos los Estados Unidos, los Mercados Comunes, e Internacionalidades de todos los tipos; limitemos nuestros armamentos hasta la capacidad de destruir el planeta unos cuantos miles de veces; creemos máqui-

nas que trabajen para nosotros, y que, si es necesario, hagan que el 'cuarto' y el «quinto' mundo trabajen para ellas; usemos aluminio, oro, plutonio y uranio enriquecido. Hagamos un mundo y una civilización; por primera vez seamos un planeta único, y no hagamos como nuestros antepasados, que de forma simple y superficial creyeron que el Imperio Romano era todo el mundo, la Cristiandad la religión de la humanidad, la Muralla China el cerco de toda la cultura, y sueños utópicos similares. Con las comunicaciones supersónicas y los vuelos interplanetarios, hemos roto la barrera del sonido y la del espacio; pronto romperemos también la del tiempo. Hagamos una sociedad perfecta, del bienestar-sin clases-paneconómica-capitalista (¿quién puede engañarnos con una buena base de datos?), combinando lo mejor de nuestros esfuerzos, y construyendo una torre humana que llegue hasta la luna en los tiempos venideros, de forma que no excite celos, ni imite a nuestros antepasados que todavía creían en el cielo. Hagámonos un nombre de forma que enviemos mensajes al espacio exterior para que sepan que somos valientes, felices y que estamos unidos. Nos dispersarán por lugares inhóspitos y perderemos nuestra identidad. Nuestros dogmas evolutivos nos dicen que procedemos de una nebulosidad nebulosa vía monos y primates y que caminamos a un punto omega vía galaxia alpha».

Entonces el Señor vino para alegrarse y a maravillarse con el humanismo ilustrado y la civilización científica, y a ver la torre construida por el hombre. Oyó otras voces, también humanas que, con temor, proclamaban que no todo era tan resplandeciente, y sospechaban que todo estaba encubierto con propaganda política, estudios estadísticos y grandes conferencias. Proclamaban que el mundo vivía en un tiempo y espacio prestados, posponiendo los problemas reales y el verdadero vivir, como si tiempo y espacio fueran infinitos.

«El espacio —gritaban estos fanáticos en el desierto— ha comenzado a mostrarnos sus límites, los océanos están llenos de polución y el planeta se vacía de su energía. Incluso el futuro ha comenzado a mostrarnos signos de que no es infinito, no sólo

en vidas personales (muerte), sino también en la escala cósmica: estamos fuera de tiempo. El crédito monetario de una sola nación, por dar un ejemplo concreto, requeriría un mínimo de cuatro años de trabajo continuo de sus ciudadanos, para ser cancelado —y los nuevos mercados, pronto se habrán acabado...».

A la brisa del atardecer el Señor vendrá a pasear y a ver por sí mismo. La gente no sabrá con certeza en qué suburbio de la megalópolis tiene la Torre su centro decisorio, y El captará la posibilidad de una confrontación, pero ellos estarán totalmente absorbidos en su competitividad, como para romper el equilibrio de poder en que les ha sumido la Torre, en su estado de construcción. Ya casi la han terminado, e incluso han llegado a un punto en el que prácticamente han reducido a cero el significado de blasfemia que tenía la antigua Babel. Un mundo de más de 4.000 idiomas (para todos los acontecimientos —prácticos— serios) ha quedado reducido a una media docena escasa de lenguas. Sus lenguajes actuales son muy peculiares. Las blasfemias, los juramentos y las palabras malsonantes, casi han desaparecido por completo de la faz de la tierra, y con ellos la fidelidad a la palabra dada también. Aparentemente, una inflación increíble de palabras han obligado al hombre a utilizar palabras de papel. Tenían papeles en una mano y signos en la otra, así de civilizados se habían vuelto los hombres cultos; eran hombres de letras, no de palabras. Por supuesto que la «signalética» humana estaba bien organizada por delicados computadores y hacía posible que los vuelos llegasen a tiempo, que los paquetes estuvieran en sus puntos de destino puntualmente, y que, especialmente, las horas de trabajo, transcurrieran al minuto —y las «necesidades» de los clientes fueran bien conocidas para las agencias comerciales. La estirpe del hombre se ha vuelto algo más vieja, o posiblemente, más inteligente, con una forma de

sabiduría distinta de la tradicional. Con el fin de escapar a la confusión de la primera Babel, la nueva civilización ha cambiado las palabras de forma que lo que una vez fueron símbolos vivientes y, por lo tanto polisémicos, se han convertido en términos, que son meros signos, y por lo tanto unívocos. La univocidad es el ideal y las metáforas sospechosas de falta de rigor científico, están en desuso — al menos para las cuestiones importantes. El ideal consistía en reducirlo todo a una fórmula cuantitativa. Sólo entonces serían erradicadas las cuestiones enfermizas. El «ahora», por ejemplo, ha sido reducir a veinte, cincuenta y siete horas del mes dos de 1977, y si alguien contestó tal «hecho», simplemente sería enviado a cuidados psiquiátricos. La justicia debida a otro espécimen, también se medía en parámetros cuantitativos. Sería reducida a dos mil calorías por estómago, alguna cantidad de dinero para cada bolsillo, y a tres o diez o más meses de cárcel para cualquiera que violara la ley. Conversaciones absurdas que no disciernen nada acerca de la naturaleza de la belleza, o del amor, o del dharma, o del karma, se volvían obsoletas. La gente ya no tendría necesidad de sus propias opiniones falibles. La mayoría decidiría. La investigación era posible, pero no el diálogo. Para estar seguros algunos querrían que bajase fuego del cielo, pero el cielo ya no era la morada del Señor.

Y el Señor Dios ya no escuchó las oraciones de los creyentes que invitaban a sus ángeles a que construyeran otra torre de forma que la fortaleza angélica fuera capaz de echar abajo a Babel. El Señor todavía recordaba su política irónica del paraíso, iniciando al hombre a comer del árbol del conocimiento del bien y del mal, por medio de la prohibición de hacerlo. Esta vez el Señor no prohibió a los hijos de Mujer construir la torre de sus sueños. Y Babilonia fue construida y los zigurats todavía están allí, aunque estén vacíos y en ruinas. Babel se dispersó pero no así Babilonia (Atenas, Roma y todos sus sucesores) que resis-

tieron a Oholiba, (Jerusalén y sus sucesores) cuando fueron dialécticamente atacados. Sólo alguien que haya sido previamente maniqueo podría haber escrito «Las Dos Ciudades» y haber reventado la dialéctica del cristianismo occidental. Esto ocurrió hace mucho tiempo. El hecho es que el Señor no se resistió a los propósitos malvados del hombre; simplemente permitió que el egoísmo individualista penetrase sus cabezas e impregnase sus lenguas de forma que ya nunca más hubo un único lenguaje. Su ironía pasada que en su momento tomó por «esprit de finesse», ese juego de vocablos transculturales que se permitió a sí mismo, no le satisfizo ya. Quiso convertir a cada hombre en un poeta; y esta es la razón por la que dio a cada uno un lenguaje. En vez de Babel como Babilonia, la «Puerta de Dios», se volvió babel como *balaal* «confundir». No osaría decir ahora que el arte (*techne*) y la palabra (*logos*) se hubieran vuelto «tecnología». Por el contrario el Señor dijo:

Aquí están, creen que son uno porque todos usan lo que pueden pagar: las mismas vitaminas, los mismos artilugios y los mismos materiales plásticos; incluso el uso literario (no decimos habla), uno de los lenguajes para los cuales hay traducción simultánea. Y ahora que están cerca del final de la construcción, no desperdiciarán su precioso tiempo como Penélope, deshaciendo de noche el trabajo hecho de día, porque ellos no son pretendientes abandonados: comenzarán luchando entre ellos por los mejores trabajos, ya que se conocen muy bien entre ellos, conocen todo el juego, y teóricamente han abolido los privilegios; son unos magníficos vigilantes los unos de los otros. De todas formas son inocentes en algún sentido, ya que no saben —de lo contrario cometerían suicidio colectivo— lo solos que están, y lo mucho que trabajan bajo presión. Si dejaran de trabajar — ¡hay que ver lo seriamente que se han tomado lo que hace mucho tiempo les dijimos en el paraíso!— se devorarían unos a otros. No saben lo adictos que se han vuelto, son como hormigas que trabajan en la construcción de la Torre y de la Ciudad. ¿Qué pasaría si consiguieran terminarla? Tan sabios, como son, no

han leído los signos de los tiempos y no han entendido el significado de las guerras mundiales, las plagas de hambre, las crisis y las revoluciones. Están demasiado ocupados en descifrar sus mutuos códigos de señales. Todos parecen estar estáticamente absorvidos en la adquisición y preservación del poder. Vayamos, dijo el Señor, y confundamos sus significados de forma que cuando alguien diga democracia algunos entiendan dictadura del pueblo, individualismo licencioso, sometimiento a la mayoría, y otros la manipulación de la opinión pública; cuando dicen 'justicia' algunos puede que entiendan el mantenimiento del statu quo a cualquier coste, algún tipo de propiedad del estado, alguna sacudida o cataclismo, algún tipo de violencia y alguno de no-violencia; cuando dicen 'amor' algunos quieren decir violación, otros flirtear y otros, aún, conquista, placer, e incluso dolor, autoabnegación o autogratificación. Aparentemente no se han dado cuenta que una *lingua universalis* no sería un lenguaje. Veamos si, al igual que nuestro Misterio Trinitario que no es un tres numérico ni cuantitativo, o como nuestra Naturaleza no-Dualista, que no es ni una ni múltiple, sino un símbolo plural en el cual se comparte —veamos si a través de su sensibilización, sea posible que cada hijo de hombre sea único y, en cierta medida, refleje, como en un espejo lo más puro y lo mejor de su realidad. Bajemos, aunque ya no es el momento de enviarles un profeta, un sabio o incluso a mi hijo. Están demasiado evolucionados para creer en tales teofanías; no les importa apedrearlos, proscribirlos o crucificarlos. Simplemente los tolerarán y los ignorarán, les permitirán libertad de expresión, para desacreditarlos y, posiblemente, si tienen garantías suficientes, les permitirán encontrar una pequeña secta para iluminados selectos. Antes les enviamos mediadores, pero ellos los tomaron por intermediarios. Algunos restos de nuestras intervenciones aún conservan el nombre *pontifical*, pero están muy ocupados construyendo algunas bóvedas especiales de la torre y han olvidado como tender *puentes* entre ellos, carreteras de comunicación entre las personas. Han olvidado que cada uno tiene su propio centro, y que es la sinfonía de estos centros lo que crea la música de las esferas con las que han soñado siempre, desde que los hijos de Dios vieron que las hijas del Hombre eran bellas, precisamente porque cada lenguaje

humano simple, es tan único y bello como cualquier niño de Dios.

Y el Señor dudó en convocar otra asamblea de Dioses. Tenía muy presente que en una de esas asambleas decidieron poner dos Querubines a la puerta, para evitar que el hombre mirara hacia atrás con nostalgia y animarlo a continuar su peregrinar. Y todavía el hombre trata de volver hacia atrás, no ha entendido que la esencia del Edén es ser un Paraíso Perdido. Sólo un paraíso perdido es real. Esta es la razón por la cual no puede ser buscado en lo que queda atrás, sino delante. Los hijos del Hombre se han tomado la caída demasiado seriamente sin integrarla, al mismo tiempo, en un resurgir original y regenerador. Han hecho de Babel una carrera competitiva, en vez de tratarla como un conjunto de formas pluralistas que nos implican y que aborrecen los sistemas monolíticos finitos. Ignoraron que después de Babel procedimos a la llamada de Abraham. Y el Señor consideró de nuevo que en otra asamblea, cuando decidió que el Espíritu descendiese de nuevo, él (el Espíritu) no reduciría todas las lenguas de Babel a un solo idioma, como si toda la verdad estuviera en un solo lenguaje. Su propósito no fue crear una sola cúpula bajo la que acoger a toda la humanidad, como si la creación fuese mala y estuviese necesitada de una protección complementaria. El Espíritu dejó que cada uno se entendiera con el otro, y que hablasen lenguas distintas, no una sola lengua. Les dejó tener distintas religiones, y no un solo sistema de creencias; amarse mutuamente, y no amar las mismas cosas. Babel, tuvo lugar y aún hoy permanece ambivalente, lo mismo que todas las cosas vivientes y reales, porque el Reinado no es ni una propiedad privada, en su interior, ni tampoco un asunto público hacia el exterior, sino algon *en medio* de todo lo que existe. Y el Señor vino de nuevo, preguntándose si la Torre se terminaría o si la gente se daría cuenta de que la plenitud

de vida no está ni en el aislamiento en mónadas individualistas, ni en la aglomeración de unidades colectivistas, sino en la comunión de totalidades interdependientes. Quiso dejar un mensaje de esperanza, o al menos una simple palabra de amor, pero no se atrevió... después de todo, sus consejeros dijeron al Señor que el hombre es ya lo suficientemente maduro como para aceptar, fácilmente, consejo de extraños. El Señor se mantuvo en silencio: *upararama*.

RAIMUNDO PANIKKAR